Per Olov Enquist

LA NOCHE DE LAS TRÍBADAS

Traducción de Francisco J. Uriz

Nórdicalibros

LA NOCHE DE LAS TRÍBADAS

(UNA PIEZA DE 1889)

PER OLOV ENQUIST

Traducción de Francisco J. Uriz.

Selecta

Edición en formato digital: junio de 2020

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN: 978-84-18067-69-3

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

NOTAS EN TORNO A LA NOCHE DE LAS TRÍBADAS

PER OLOV ENQUIST

I

Lo privado: el chico en traje de hombre. «El Strindberg que yo amaba era el Strindberg adolescente, el solitario, el joven de hombros estrechos que tenía frío…, a ese adolescente lo comprendía y lo amaba como solo un adolescente puede comprender y amar a otro». Eso escribía Stig Dagerman en 1949. Sí, no está mal, es bastante parecida a mi imagen de Strindberg (*y casi todos tenemos una imagen privada, de ese tipo, que conservamos y defendemos enérgicamente*). Aunque tal vez lo de «adolescente» suene un poco solemne, ¿no? ¿Y eso de estrecho de hombros? El Strindberg que conocí se parecía a muchas de las personas con las que me había tropezado: era un chico disfrazado de hombre. Lo había visto en un cuartel, integrante de un pelotón de fusileros del regimiento de infantería número veinte, en los vestuarios de los campos de deporte del interior de la provincia de Norrland, en los pueblos campesinos de la costa de la provincia de Västerbotten, estaba entre mis amigos de Upsala, o dentro de mí. Era uno de nosotros, caía bien y se le aceptaba con facilidad. Y como todos nosotros, en lo más íntimo de su ser se parecía al maravilloso «Karlsson på taket»,[1] el de la hélice en la espalda: en realidad se sentía bastante solo y algo desgraciado y comía con fruición grandes pedazos de tarta, y engordó y era totalmente invencible, pero realmente tenía un poco de miedo y quería tener amigos, aunque permanecía bastante solo y, con frecuencia, presumía demasiado y era terriblemente egoísta, pero también quería ser bueno y generoso, y no aceptaba los consejos de nadie y, a veces, se sentía completamente inútil, aunque, haciendo de tripas corazón, cobraba de nuevo valor y hacía como si no hubiera pasado nada.

Este chico escribió algunas de las obras más notables de la

literatura universal. ¿Acaso fue precisamente por eso?

II

Lo no tan totalmente privado: las ratas en el hoyo. Con extraordinaria precisión Strindberg describió, por ejemplo, en sus piezas de cámara, la desintegración de la familia en una sociedad capitalista. Implacablemente desveló la estructura de la familia burguesa, describió cómo se fueron corrompiendo los más íntimos rincones en el interior del ser humano. El que quiera examinar cómo la sociedad deja marcada su huella en los sentimientos puede estudiar con gran provecho a Strindberg. Pero lo que hace de Strindberg un personaje tan notable y ambiguo es que él, al mismo tiempo, amaba también la estructura familiar en vías de desintegración que con tanto odio describía. Unidos, íntimamente fundidos al odio contra la familia burguesa, hay una tremenda angustia y un gran temor ante el inmenso vacío que surge tras la desintegración. Odiaba y amaba a la vez la seguridad que le proporcionaba el hoyo de la familia.

Pero ¿se trata únicamente de la «familia»?

Es verdad: muchos, entre los que podemos citar al marxista alemán Jürgen Habermas, han definido con exactitud el final del siglo XIX como la época en la que se desintegró el pilar básico de la sociedad burguesa, es decir, la familia. En 1889 esto tuvo que haber sido muy patente. Algo que hasta ese momento había dado gran seguridad y confianza ya no las daba. Al perder su base económica, escribe Habermas, es decir, al ser sustituida la propiedad familiar por los ingresos del trabajo personal, la familia pierde de repente su función en la producción. Las funciones económicas de la familia se van reduciendo y, al mismo tiempo, se va limitando la esfera de la intimidad. La autoridad del padre queda restringida y surge entonces una tendencia a la nivelación de la estructura interna de autoridad en la familia. Allí donde, tradicionalmente, ha habido una seguridad sólida como el cemento, de repente solo hay vacío.

«La familia que, en escala creciente, se fue separando del contexto inmediato de la producción social tiene, pues, solo aparentemente la condición de "espacio interior" con carácter intensamente privado. La familia, al perder su misión económica, perdió también su misión de protección. Porque eran precisamente las exigencias económicas que la sociedad le planteaba a la familia nuclear patriarcal lo que le proporcionaba a esta fuerza institucional para crear una intimidad profunda y protegida».

Así se proyectan las fuerzas económicas en el plano íntimo,

privado. Ahí hay relaciones: podemos discutir cómo son de fuertes, de dominantes. Pero August Strindberg registra, con mayor sensibilidad, mayor vulnerabilidad y menor defensa que nadie, que algo está cambiando: todos sus mecanismos de alarma interiores suenan, pero ¿le señalan un peligro o nuevas perspectivas?

Todo ocurrió al mismo tiempo: sentía que habían colocado una palanca debajo del mundo y que se estaba forjando algo nuevo: el hombre viejo y el nuevo, ambos, vivían dentro de él. Pero ¿qué era lo que se estaba forjando?

No, en realidad no era solo el concepto de «familia» lo que se estaba transformando. El mundo en que vivía y reflejaba en su obra parecía compuesto, sobre todo, de estructuras con centros cuestionados y ejes perdidos. Había vivido en una época caracterizada, en mayor medida que cualquier otra, por una fe en el progreso casi ilimitada, ingenua. Fue la época de los grandes descubrimientos geográficos, la época de los nuevos inventos y de las nuevas máquinas, la época de la doctrina liberal de la armonía, la época del industrialismo boyante, que tenía una confianza ciega en los técnicos y los investigadores y los jefes de expediciones y en el capital, y cuyos sueños de futuro eran tan luminosos y tan sin complicaciones. Pero, en lugar del armónico desarrollo de las buenas fuerzas económicas en paz y concordia, llegó el capital monopolista y la explotación, la lucha de clases y el conflicto entre el naciente movimiento obrero y el capital. Las máquinas no eran las redentoras de la humanidad y los frutos del colonialismo hedían.

Y en millones de pequeñas celdas había personas como Strindberg y Siri y Marie y se daban cuenta de que algo estaba cambiando, que algo influía en su intimidad, en su esfera privada, que las maldades que se hacían mutuamente no eran cosa de Dios o del Diablo y que su inquietud y confusión no eran privativas de ellos. La inquietud de esos espíritus finos, leales, podía parecer privada, su desconcierto al verse solos era tan cómico como digno de lástima, por citar a uno de sus contemporáneos, Otto von Bismarck. Pero lo que no era, desde luego, era privado, ni mucho menos.

III

Sobre las peculiaridades: el moralismo 1.

El ejemplo del catedrático de Literatura Victor Svanberg es instructivo y claro. Hay una crítica de Strindberg caracterizada por un elemento muy extraño de carácter moral. Consiste en sacar a relucir todas las peculiaridades y mezquindades de la vida privada de

Strindberg (*cuyo catálogo podría hacerse, sin la menor duda, interminable*) y después moralizar con indignación sobre ellas, y sobre él. (*Un hombre mezquino. La primitiva brutalidad es y seguirá siendo la impresión fundamental que me causa y el motivo de mi invariable antipatía, etc. Realmente es fantástico que un escritor muerto hace ya tanto tiempo pueda mantenerse tan vivo de una manera totalmente personal, al punto de que muchos se sientan dispuestos constantemente a romperle la cara*). Igual de divertida es la actitud moral inversa: la de los que se niegan a aceptar la existencia de ese aspecto de Strindberg o, en todo caso, a considerarlo relevante para la comprensión de sus textos. Hace unos cinco años, en la revista literaria *BLM*, se desarrolló una discusión entre Svanberg y Jan Myrdal, cabecilla de esta segunda tendencia. Ninguno de ellos se privó de sacar a la luz peculiaridades personales de Strindberg, su egocentrismo y su carácter vengativo, su complejo de inferioridad y sus bajezas. Todo lo contrario. Pero mientras Svanberg utilizó todo esto como punto de partida para justificar un rechazo teñido de moral, Myrdal utilizó todos estos elementos del Strindberg«privado» para lograr una mejor comprensión de sus textos y de las condiciones sociales de la época, por medio de una lectura teñida de ideología. La vida privada de Strindberg, sus problemas matrimoniales o su curiosa objetividad ante el perímetro del órgano sexual, no son entonces una «prueba» de su mezquindad como ser humano, sino el resultado de las expectativas de la sociedad sobre el papel que en ella le ha tocado representar. Si se ve así, sus textos se profundizan. «Entonces la cuestión pasa de tratar de las peculiaridades de Strindberg a centrarse en la representación, socialmente condicionada, de lo masculino y lo femenino, que era común para Strindberg y un gran grupo de hombres suecos coetáneos suyos, pero a los que Strindberg dio una expresión verbal única, excepcional y propia».

Pero no es solo entonces, sino también ahora.

Por eso, hoy podemos leer, por ejemplo, las cartas, notables o repelentes, que le escribió a Pehr Staaff desde Lindau, como imperecederos documentos humanos. Los celos, el rencor, la jactancia sobre proezas sexuales, los desesperados intentos de defender su virilidad, el idioma cuartelero y el odio a la mujer son cosas sobre las que no necesitamos moralizar, antes bien, de las que podemos aprender mucho sobre nosotros mismos. Son cartas que no se hacen pasar por lo que no son. Nos presentan correctamente el mundo de los sentimientos de un hombre y los que entiendan esas descripciones como caricaturas de gentes extrañas habrán tenido, desgraciadamente, un círculo de amistades excesivamente refinado. Despejan la situación, muestran abiertamente los sentimientos. No nos informan de un mundo conceptual masculino, abstracto o metafísico: son

absolutamente objetivas, concretas.

A veces en Suecia hemos tenido que acostumbrarnos a un Strindberg un tanto abstracto y monumentalizado, al hombre que en la escena mundial del teatro extiende una estilizada mano hacia los espectadores diciéndoles con una voz hermosa y educada: «¡Yo he pecado!». Es una cosa elegante, aunque un poco abstracta y, en el fondo, incomprensible. No hay pecados abstractos.

Los pecados de Strindberg fueron, como son los nuestros, muy reales y pueden, por tanto, ser descritos. Lo que él hacía es lo que hacemos nosotros, ni más elegante ni más metafísico. Y si no queremos apartar los textos de Strindberg hasta convertirlos solo en literatura que ya no nos concierna personalmente, entonces tenemos que poder aguantar la imagen de un hombre metido hasta el cuello en los mismos problemas que nosotros. Luego podemos, con calma, empezar a observar, sin el más mínimo apasionamiento, la interdependencia de las expectativas, las trabas y presiones sociales que se dieron cita en él y que hacen sus pecados y sus textos más comprensibles y claros.

IV

Sobre el moralismo 2.

Hay que limar las irregularidades de la personalidad para que no despierten irritación. Durante la primavera de 1973, propuse a una de mis alumnas de la UCLA, en la costa oeste de los Estados Unidos, que tradujese al inglés el «Pequeño catecismo para la clase baja» de Strindberg. Le propuse también ciertas supresiones. Se referían, sobre todo, a la visión que tenía Strindberg de la mujer y del matrimonio. Consideraba, con cierta vergüenza, que había que limar y suprimir ciertas irregularidades en la visión que mi gran compatriota tenía sobre la mujer para evitar que se convirtiera en el hazmerreír de los estudiantes o que lo tomasen por un enloquecido reaccionario.

Cuando, a pesar de mis sugerencias, la alumna tradujo íntegramente aquellos textos y sus compañeros los discutieron en mis clases, las reacciones no fueron, ni mucho menos, las que me había temido. Algunos estudiantes, especialmente chicas, encontraron que la visión que tenía Strindberg de la mujer y de la familia era, si no atractiva, sí relevante: describía acertadamente las circunstancias reales que ellos habían observado en sus propios hogares o en los de sus amigos. La sociedad en la que vivían creaba esos productos, convertía a la mujer en un ser parasitario y sacaba a relucir exactamente las características que Strindberg había descrito. Así era

«la madre» tal como ellos la habían conocido. Así eran las mujeres aisladas en los chalés de las zonas residenciales. Incluso las invectivas más absurdas de Strindberg (*«la mujer, un delincuente»*) se podían tomar como punto de partida de una discusión fructífera sobre cómo la sociedad capitalista avanzada creaba una institución que «criminalizaba» los sentimientos de los atrapados en ella. Los estudiantes no entendían en absoluto mis intentos de «perdonarle» a Strindberg su visión de la mujer ni la insinuación de que era extraña o reaccionaria. Descubrieron, en cambio, que Strindberg, ya a finales del siglo XIX, había descrito de una manera correcta una situación (*repugnante en sí, obviamente*) que seguía existiendo hoy y cuyos contornos no habían dejado de hacerse más evidentes. También calificaron de nocivos y equivocados mis intentos, en el fondo moralistas, de censurar partes de Strindberg.

Solo pude decirles que entre nosotros eso ocurría con frecuencia.

V

Sobre ser inservible.

El ser humano se utiliza, pues, como un artículo de consumo, una mercancía: cuando ya no sirve, se convierte en algo inservible. Se encuentra entonces en muchas personas, en muchas personas situadas dentro de este sistema económico, un sentimiento común: el sentimiento de ser inservibles. Se expresa de numerosas formas, se puede ver en muchos terrenos. ¿Cómo se expresa esto en el plano privado, «apolítico», en el plano de los sentimientos?

Contemplemos por un momento a Strindberg y a sus amigos metidos en el callejón sin salida en que se encuentran, en el año 1889.

VI

No solo esto; otra cosa. Como si ahora fuese tan importante saber si Siri o Marie eran lesbianas o no.

¿Quién lo sabe seguro? Yo, no. ¿Era Siri von Essen bisexual? Sorprendente pregunta para ser planteada en 1975, pero yo no lo sé, ni tampoco nadie entre los vivos. Los documentos que pudieron haber existido han desaparecido, los testigos muertos, las fuentes inciertas. Lo que se considera como hechos no son tales, no son datos objetivos, sino la idea que de esas personas se hacía su entorno.

No los objetos, sino sus borrosas imágenes especulares. Y las

opiniones, las ideas que unas personas se hacen de otras, no carecen de interés, nos dicen mucho sobre la gente que las tiene. Cuando Strindberg acusa con extraordinario ardor a las mujeres que lo rodean de que son tríbadas no hace falta entender que tenía razón. Si el problema fuese así de sencillo todo quedaría reducido a una historia bastante banal de un hombre del sigloXIX dotado de un gran talento en el arte de la formulación de sus ideas, casualmente casado con una mujer que no le va. Pero su ardor, su angustia, su inquietud y su desesperación nos dicen, sin embargo, algo: con la palabra clave *tríbada* formula un temor que va mucho más allá de lo que podría expresar la graciosa palabrita *lesbiana*.

Quizá lo que pasó en realidad fue que lo que Siri encontró en esa notable muchacha de Copenhague era otra cosa: un ser humano libre, una mujer libre, o al menos un vislumbre de la posibilidad de libertad. La amistad, fraternidad, un nuevo comienzo, algo diferente.

Es decir, el miedo de Strindberg comienza ahí: en una complicada madeja de miedos, temores y posibilidades. Un centro perdido —o una libertad posible—. Una libertad que quizá lo iba a dejar muy solo el resto de su vida: como si la libertad que representaba esa inquietante danesa fuese una enfermedad contagiosa que iba a transformar su mundo para siempre.

VII

«*Hier liege ich und mache Literaturgeschichte*!». Es un hombre explotado, marginado por motivos políticos, exiliado, sin editor, muy abatido y bastante desesperado. Al mismo tiempo, adopta el clásico papel de explotador del artista en relación con su «material»: usa a las gentes que lo rodean, las estudia, las utiliza, las describe, las presenta al público con sus defectos y debilidades. Con su consentimiento o sin él. Nadie que alguna vez haya creado arte y haya utilizado a personas y sus vidas, puede dejar de tener conciencia de ello, de la torturadora ambigüedad que hay en ello. Los artistas deberían tener especiales posibilidades de describir bien a los explotadores porque ellos suelen representar con brillantez ese papel. Sin embargo, en cartas dirigidas a Siri, Strindberg le da consejos paternales: es verdad que puede parecer difícil, pero ¡acuérdate de la historia de la literatura! Aunque ¿le proporciona esto a ella alguna alegría? Y ¿cómo se sentía ella en realidad? ¿Cómo se sienten todos los demás, aquellos a los que nosotros utilizamos?

Devoradores de hombres y pintores de hombres.

VIII

Como si el ser humano no existiese.

Durante la primavera de 1973, en Los Ángeles, redacté los primeros esbozos de *La noche de las tríbadas*. En enero, un presidente algo narigudo había pronunciado el discurso de toma de posesión de su cargo. «Animemos a los ciudadanos de nuestro país y de las naciones extranjeras a hacer más para sí mismos. No les digamos lo que tienen que hacer por los demás, sino lo que tienen que hacer para ellos mismos. Preguntémonos cada uno de nosostros no lo que el Gobierno va a hacer por mí, sino lo que yo puedo hacer para mí». Sobre mi mesa de trabajo cuelga un cartel con dos mariquitas de san Antón copulando solitarias y debajo un poema que expresa con gran claridad el evangelio del nuevo individualismo: «Yo hago mis cosas y tú las tuyas. Yo no estoy en este mundo para estar a la altura de tus expectativas. Tú no estás para estar a la altura de las mías. Tú eres tú. Y yo soy yo». Por eso parecía lógico que una parte del movimiento feminista americano se encontrase en un periodo para mí extraño, aislacionista y antimasculino. ¡Acordaos, hermanas, de que la lombricilla está supervalorada! ¡Tenemos que aprender a vivir como si no existiese el hombre! Al menos durante unas generaciones. ¡Podéis gozar más con vosotras mismas!

Aislacionismo, odio y, como reacción masculina, frecuentemente, miedo primitivo, odio e inseguridad: una atmósfera extrañamente Strindberguiana. Pero en aquella primavera de 1973 la situación era esa: invitaba al ser humano a meterse en sí mismo y a quedarse allí dentro; en una situación que, en apariencia, era extremadamente apolítica surgió un modelo, unas líneas que se podían interpretar ideológicamente. Aquella primavera me ocupé mucho de Strindberg y ya no con una sensación solo de disgusto ante las expresiones más extremas de su individualismo y su sentimiento aristocrático. Empecé a creer que era posible investigar cómo había ocurrido, por qué escribe esas extrañas cartas donde se regocija ante la vista de los miembros de acero de los prusianos, de su excelente disciplina militar, y de las mujeres cuidadosamente oprimidas. Mirando a mi alrededor en el paisaje americano encontré una parte de la respuesta: no, la situación Strindberguiana no era una historia muerta, pasada. Estaba trabajando entonces en un libro de narraciones sobre gentes de la clase media americana «apolíticas», en cuyo mundo sentimental se podía apreciar la huella del talón de la bota ideológica…, pero ¿no era también eso lo que, en cierto modo, se podía ver en Strindberg? ¿No coincidía la situación en parte?

En todo caso, creo que merecía la pena plantearse la pregunta. A finales de abril de 1973, escribí en uno de los bocetos: «Tomo nota de

la huella del talón de la bota de la sociedad en los sentimientos de Strindberg. Compararlo con el emigrante australiano. Compararlo con las condiciones del amor de las mariquitas de san Antón. El miedo de llegar a ser superfluo. Ser innecesario. Como si el hombre no existiese. Como si la mujer no existiese. Como si el ser humano no existiese».

IX

Conjurar la realidad.

Una tarde de marzo de 1889 se reúnen cuatro personas en el teatro Dagmar de Copenhague para ensayar una pieza. La obra es *La más fuerte* de Strindberg. Las cuatro personas son August Strindberg, Siri von Essen (*su primera esposa*), Marie David, la amiga de Siri, y el actor danés Viggo Schiwe. El matrimonio de Strindberg se está deshaciendo. Está en la miseria, sin editor, marginado en su país, Suecia. Hace desesperados esfuerzos para que se representen sus obras; luego intenta montar con sus propios medios un teatro experimental escandinavo. No lo sabe, pero tiene ante él la crisis de *Inferno*, el momento crítico de su vida: muy pronto tocará fondo.

Siri interpreta uno de los papeles de *La más fuerte*. Marie, que en esta representación va a interpretar el papel mudo, era la mujer que Strindberg llegó a considerar su espíritu maligno, la «tríbada» que le había robado a su esposa. *La más fuerte* trata, sin embargo, de la lucha de dos mujeres por un hombre ausente, al que aman las dos, y si el arte pudiera conjurar la realidad, esto sería verdadero arte. Pero la realidad que hay detrás era muy diferente, y los actores que aquella tarde de marzo están ensayando *La más fuerte* creen saber que en el fondo ese conjuro no tiene ningún valor, es falso e inservible. La verdad la conocen ellos. Sin embargo, el ensayo sigue hasta el momento en que surge una tercera verdad.

LA NOCHE DE LAS TRÍBADAS

(UNA PIEZA DE 1889)

PERSONAJES

VIGGO SCHIWE
MARIE CAROLINE DAVID
SIRI VON ESSEN-STRINDBERG
AUGUST STRINDBERG

PRIMER ACTO

Música de finales del siglo XIX. *Pesada, sin pomposidad. Comienza mientras se van apagando las luces del salón y continúa. Sin embargo, no se levanta el telón.*

Proyecciones. El telón es una pantalla sobre la que se proyectan imágenes. Al principio, solo de rostros. Todos de hombres. Lo que se muestra es el hombre del siglo XIX. *Tiene un aspecto muy masculino. Sin embargo, se parece sensiblemente a nosotros, es un hombre de hoy, lleno de vitalidad. Hombres con mandíbulas de acero. Hombres que miran abiertamente, con confianza, al futuro. Hombres uniformemente vestidos. Las imágenes se van haciendo más vivas. Ahora vemos a los hombres en su entorno. Montan a caballo. Exploran continentes. Se dejan inmortalizar para las generaciones venideras y tensan los músculos. Matan. Inventan máquinas y las manejan. Se ríen como cuando se oye una buena noticia. Beben juntos. Se acuestan con mujeres.*

La descripción del hombre se va haciendo cada vez más detallada y concreta. Un pie, con sus medidas bien especificadas. Un brazo. La sección de un músculo con los nervios al aire. Un torso: de frente, de lado. Un

detallado dibujo, también con sus medidas y proporciones, de un pene fláccido (el dibujo es grande y su aspecto recuerda al de un barco). Máquinas en movimiento. Croquis de un fusil. Una pala. Una máquina de vapor. Una locomotora. De pronto, animales: leones, perros corriendo, elefantes. Nativos de abultada musculatura. Un combate. Un salvaje. Una lanza. Luego, rostros.

Los rostros representan al hombre del siglo XIX. *Finalmente, un solo rostro. Es August Strindberg. Parece una jovencita.*

Tiene miedo.

La música. Se intensifica y extiende. Cuando se levanta el telón va apagándose lenta, muy lentamente. Muy lentamente: luz.

El escenario está lleno de trastos, desordenado. Cuando va surgiendo laboriosamente de las tinieblas, da la impresión de algo recargado. A la derecha, cajas de cerveza apiladas. No obstante, está claro que no es el almacén de una fábrica de cervezas, sino más bien un teatro. El escenario está abarrotado de bastidores. Parece que la última pieza que se representó en este teatro, el Dagmar de Copenhague, fue una comedia de aventuras de ambiente exótico. Dos bastidores de cartón nos muestran unos leones mal dibujados, en pleno salto. Un elefante. Seis nativos, evidentemente caníbales de alguna isla del sur del Pacífico, torpemente pintados, se lanzan al ataque blandiendo sus lanzas. Una escalera apoyada contra la pared. Algunos carteles que anunciaban funciones teatrales, rotos. Dos palmas en una maceta. Interior de una casa burguesa un tanto desordenada y desolada: escritorio de caoba, dos sillas de escritorio, un pupitre, algunas fotografías de la familia real. Una cama enorme con una cubierta roja que desborda voluptuosidad. Hay sobre la cama, un poco fuera de lugar, un orinal, dos palanganas y una jarra de agua.

La mujer es bastante alta, un poco huesuda, rubia, y lleva el pelo recogido en un moño. Está limpiando con gran energía pero sin plan alguno. Trata de retirar la pesada cama de matrimonio, pero no consigue moverla. Trata de aligerarla quitando el orinal y las palanganas y vuelve a su intento. Imposible. La cama sigue sin moverse.

SIRI (*jura con una voz muy cultivada en un idioma que parece finlandés, repite su esfuerzo, abandona la empresa, contempla la cama*).— *Alla minna vossiha rata… satanas ruppido allat minnä… terve sakussat… umekassat…* (*se queda inmóvil, jadeando*) *perkele usti nakassat…*

STRINDBERG (*entra sigilosamente, sus ropas dan la impresión de estar muy gastadas, escucha con creciente placer la letanía*).— ¡Juramentos! ¡No lo niegues! ¡Vulgares juramentos finlandeses!

SIRI (*sorprendida, avergonzada pero al mismo tiempo irritada*).— ¡Uno de los típicos faroles de August! ¡Como si supieras finlandés!

STRINDBERG (*da una galante vuelta alrededor de ella contemplándola*

críticamente).— ¡Jurando en finlandés! ¡La flamante directora del nuevo teatro Strindberg de Copenhague…, encantadora señora…, anda llevando orinales y jurando en finlandés…, bien, bien. Bien. Y ¿cuándo ha empezado hoy el ensayo?

SIRI (*ha recuperado la calma*).— Vaya, el pequeño August vivito y coleando. Fantástico. Que viene en persona, por propia iniciativa, al teatro Dagmar… y además… me dirige la palabra. ¡Vivir para oír!

STRINDBERG.— Ver.

SIRI.— ¿Cómo? ¿Qué dices?

STRINDBERG.— ¡Ver! ¡Ver! ¡Ver! ¡Y no oír! «Vivir para ver». Se dice así. Es una frase hecha. Has vuelto a descuidar tu idioma. ¡Y no te puedes permitir eso si quieres hacer carrera en el teatro! ¡Y ganarte la vida tú solita!

SIRI (*muy correcta*).— Hace media hora.

STRINDBERG.— ¿Hace media hora?

SIRI.— Tal vez oí mal…, espera (*recordando*)…, ¿no me acabas de preguntar… cuándo ha empezado el ensayo? Sí, claro que me lo preguntaste. Respuesta: el ensayo comenzará hoy hace media hora.

STRINDBERG (*un poco desconcertado*).— ¿Ah, sí? (*Se recupera*). Pero por lo que veo… aquí no hay nadie ensayando…, todo está vacío…

SIRI (*amablemente*).— ¡Exacto! ¡No eres tonto, no!

STRINDBERG.— Bien… ¿Y?

SIRI.— Se retrasó una hora… Como recibimos tu pequeña nota en la que nos anunciabas tu deseo de presenciar el ensayo de esta tarde, ¡retrasamos la hora! Digamos que… ¡a petición general!

STRINDBERG (*mira con suspicacia el montón de cajas de cerveza*).— ¿Te has echado todo esto al coleto?

SIRI.— Evidentemente.

STRINDBERG.— ¿Qué coño hacen aquí, si no, todas estas cajas? A ver… ¡di! Diez cajas por lo menos… y con lo que te gusta la cerveza… ¡Muy extraño!

SIRI.— No creas, cariño, una fábrica de cerveza utiliza este teatro como almacén cuando no hay función. Y aquí, ¡bien sabe Dios que no se suele hacer teatro con frecuencia! Pero pronto se las van a llevar porque aquí vamos a representar ¡a Strindberg!

STRINDBERG (*inquieto y nervioso*).— Bueno, bueno… Y ¿cuándo van a venir?

SIRI.— ¡Ni idea! Pero no te preocupes, se las llevarán. ¡Seguro!

STRINDBERG.— Me refería a los actores… porque tengo entendido que aquí va a haber ensayo…, ¿no?

SIRI.— En seguida.

STRINDBERG (*de repente angustiado, desasosegado*).— Oye, Siri.

Hay una cosa de la que tengo que hablarte antes de que venga nadie. Algo nuestro…, personal. Ya sabes, los problemas familiares y los asuntos privados hay que resolverlos en familia, no se deben sacar del marco familiar. (*Con cierta emoción*). ¡Para mí eso ha sido siempre un principio básico!

SIRI.— ¡No me digas! ¡Eso sí que es una novedad!

STRINDBERG.— ¿Novedad?

SIRI.— Creía que te ganabas tu modesto sustento juntando, eso sí con toda decencia, toda la mierda privada que podías encontrar sobre nosotros y publicándola en libro…

STRINDBERG (*gritando*).— ¡Sí, pero eso es arte! ¡¡Literatura!!

SIRI.— Oh, arte. Si es arte…, entonces, perdona.

STRINDBERG.— Ya te puedes imaginar…, es otra vez el asunto de Hansen. Ese maldito gitano que quería matarme solo porque lo había denunciado a la policía. Ahora dicen que me anda buscando. Tiene la intención de reabrir el pleito…, la historia de Martha otra vez. Ya sabes. (*Pausa*). No se da por vencido. Es…, es… repugnante.

SIRI.— Claro.

STRINDBERG.— Tengo que hablar contigo antes de que…

SIRI.— ¡Qué alegría!

STRINDBERG.— ¡¿Alegría?!

SIRI (*con indecible benevolencia*).— Sí, lo sé: estamos divorciándonos. Pero me siento alegre porque, a pesar de ello, diriges la palabra a un ser tan insignificante como yo. La semana pasada nos tropezamos casualmente en el comedor del hotel…, tú estabas cenando… si no me equivoco… con uno de esos pálidos y devotos admiradores…

STRINDBERG.— ¡¡Mi traductor danés!!

SIRI.— Estaba tan pendiente de tus labios que temí que no ibas a poder meterte la comida en la boca. Bueno, en todo caso, dio la casualidad de que, por equivocación, pasé por el comedor. ¡Y saludé al Gran Hombre! ¡Sin haberle pedido permiso! ¡Y el Gran Hombre no me devolvió el saludo, qué va! Me miraste como si hubiese sido una jodida rata muerta. O un par de calzoncillos viejos.

STRINDBERG (*con tristeza*).— Ya has vuelto a jurar.

SIRI.— Me sentí como un *sakutumusset satanas koisternusset valmit markussat*. Lo que a ti, con tu limitado talento para los idiomas, te va a costar trabajo descifrar.

STRINDBERG (*con suspicacia*).— Eso…, ¡eso no es finlandés! ¡Erais demasiado finolis para mezclaros con el pueblo y aprender finlandés! ¡Las señoritas de la aristocracia sueca en Finlandia no aprendíais finlandés! ¡Imposible! ¡Es un farol!

SIRI.— ¡Pues como un par de calzoncillos viejos!

STRINDBERG (*con gran aplomo, da una vuelta en torno a ella, las manos a la espalda, la mirada fija en el techo*).— Van diciendo por ahí que te he repudiado. Van diciendo que es consecuencia de tus numerosos deslices y engaños. Y digo: tienen razón. Lo que ha ocurrido es necesario, es concreto. Yo, empleando una palabra concreta, te he repudiado. Tú eres, pues, una exesposa. Podemos vivir juntos, sin compromiso, mantener una relación libre… (*cada vez con mayor nobleza y convicción*), podrías ser mi amante. Sin embargo, eres una repudiada. No pienso volver a compartir contigo nunca la vida de sociedad. Nuestra relación será puramente de negocios. El teatro. Los hijos. Eso es todo.

SIRI (*asombrada y divertida*).— Dios mío, ¿y a santo de qué viene ahora este solemne discurso?

STRINDBERG.— Como eres la directora del recién fundado teatro Strindberg de Copenhague…, nombrada por mí…, exijo… lo que es humano y razonable…, que se respeten los horarios. Que empiecen los ensayos. Y que terminen. Que se lleven las cuentas. ¡La mujer que quiere mantenerse a sí misma y ser libre no puede ser perezosa!

SIRI.— En todo caso en lo tocante al asunto de Martha no debes temer nada.

STRINDBERG (*nervioso*).— ¿Cómo? ¿Qué sabes tú? ¿Qué es lo que pasa?

SIRI.— Te digo, ¿en el fondo qué te esperas? Primero te dedicas a acostarte intrépidamente con una criada que apenas es mayor de edad. Una delicia. Luego comienzas a sentirte nervioso por su… hermano mayor, un hombre muy moreno. Lo denuncias por robo basándote en pruebas extremadamente débiles. Llega la policía, se lo llevan y lo meten en la cárcel. Strindberg se siente aliviado y feliz. Se demuestra que la denuncia es falsa. El hermano, después de una semana a pan y agua, sale a la calle furioso, evidente…, acusado en falso…

STRINDBERG (*con extremada claridad*).— ¡Yo jurídica…, jurídicamente no tenía nada…, absolutamente nada que temer! ¡La chica no era menor de edad! ¡Y lo hizo por su propia voluntad! ¡Todo legal! ¡Y además el hermano era gitano!

SIRI.— Magnífico. Muy bien. En todo caso, sale de la cárcel encabronado. Y quiere matarte. Y una noche bebe, se emborracha y trata de entrar en nuestra habitación por la pared. Y se pone a gritar y a dar martillazos. Ante lo cual tú, heroicamente, te esfumas y yo me las tengo que ver con un gitano borracho y la hermana mancillada y todo el consiguiente follón, para evitarte un proceso. Y la cárcel.

STRINDBERG (*en voz baja*).— Sabes que tengo claustrofobia. No puedo… ni siquiera pensar en la cárcel. Cada vez que trato de imaginarme… una celda… me muero un poco. (*A gritos*). Además

comprendiste, maldita zorra, que ¡no habría podido ganar dinero si me hubiesen metido en la cárcel!

SIRI.— A mí tu historia con la criada me importa un pito. Me deja fría. No soy celosa. Por cierto, ya he hablado con el comisario. Muchas veces. El caso está sobreseído. Definitivamente cerrado.

STRINDBERG.— ¿Es… seguro?

SIRI.— Seguro, mi pequeño August.

STRINDBERG (*se sienta mirando al frente con la mirada vacía*).— Sí. Sí, sí. Eres tan terrible…, tan excesivamente… fuerte. Sí, sí. Fuerte, sí lo eres. (*Pausa*). Muchas gracias. Lo solucionaste con una… fuerza… terrible. Sí. Fue una guarrada. Fue realmente una guarrada. Yo tenía un miedo tan espantoso. Un miedo tan espantoso.

SIRI.— ¿Y por qué no escribiste sobre eso? Sobre tu miedo. En lugar de escribir aquella *Tschandala*,[2] una novela tan mala y tan mentirosa, donde pones a los gitanos como chupa de dómine. ¿Se dice así?

STRINDBERG (*estalla*).— ¡Por eso! ¡Porque si hubiese escrito la verdad, que tenía miedo, y además un miedo espantoso! ¡Y que me escapé! ¡Y que en realidad no quería acostarme con aquella zorra! ¡Entonces todo el mundo hubiese pensado que me había portado como una mujer! (*Muy tranquilo y objetivo*). Y no como un hombre.

SIRI.— Vaya, vaya. Claro.

STRINDBERG (*con gran calma*).— Además mis estudios sobre el alma de la mujer me han despertado el interés por la psicología del criminal. Tú sabes…, la mujer tiene también una naturaleza criminal…, son cosas que están muy ligadas unas con otras. Hay que estudiar todo eso.

SIRI (*le lanza una larga mirada*).— A propósito, el gánster ya debería estar aquí.

STRINDBERG (*aterrado*).— ¿Quién? ¿Qué gánster? ¿Va a venir? ¿Aquí? Va a venir ese…

SIRI (*angelicalmente*).— No, no…, me refería a la actriz que va a trabajar conmigo…, una de esas naturalezas criminales que acabas de mencionar…, yo creía…

STRINDBERG (*seco*).— Una broma sin ninguna gracia.

VIGGO SCHIWE (*hace una entrada primorosa, teatral, deja caer negligente el impermeable, inicia un hermoso paso, se dirige a Siri con los brazos abiertos, sonríe seductoramente*).— ¡La encantadora directora de teatro Essen-Strindberg! ¡La primera en el escenario! ¡Una delicada flor en el exuberante jardín del teatro! ¡Siri! (*Sigue caminando hacia Siri con los brazos abiertos hasta que lo frena la mirada de aviso que le lanza ella*). ¿Qué? (*Ve a Strindberg, cambia indeciso la dirección de la marcha dirigiéndose hacia él todavía con los brazos abiertos, se detiene con

aspecto de oveja despistada y se pone a dar vueltas a las manos sin ton ni son).

STRINDBERG (*gélido*).— Y esto… ¿qué coño es?

SIRI.— Bueno, quizá debería presentaros…, aquí August Strindberg… y aquí…

SCHIWE (*exuberante, inicia con valor y a lo grande la repetición de su entrada*).— ¡Señor Strindberg!

¡No puedo dar crédito a mis ojos! ¿Es el señor Strindberg en persona? ¡Sí! ¡Tiene que ser usted!

¡Es usted! ¡No me equivoco! Le suplico humildemente que me permita presentarme al tener el honor de poder saludarle por primera vez personalmente! (*con creciente solemnidad, tufo a discurso de ceremonia*), poder conocer a uno de los más grandes escritores contemporáneos —el que con pasión por la verdad, con clarividencia y audacia ha escrito palabras que se han grabado a fuego bajo nuestra piel… por decirlo de alguna manera—. Durante largo tiempo lo he admirado y amado, a distancia. Por eso cuando el teatro Dagmar de Copenhague tiene el honor de recibirlo como huésped es un momento histórico…

STRINDBERG (*seco pero halagado*).— Basta, por favor.

Gracias, muchas gracias.

SCHIWE (*completamente dominado por su esplendoroso discurso*).— ¡¿Cómo darle una idea de nuestra devoción?! ¡Si pudiese darle mi corazón! ¡Si pudiese ofrecerle palabras que describieran…, si pudiera darle…!

STRINDBERG.— Pasta.

SCHIWE.— ¿Cómo dice?

STRINDBERG.— Pasta. Si quiere darme algo, deme pasta.

SCHIWE.— Pero…

STRINDBERG.— Estoy sin blanca. Necesito pasta, dinero contante y sonante. También acepto pequeñas cantidades.

SIRI (*rápidamente*).— Y aquí el primer galán Viggo Schiwe, que ha estado ensayando el papel de Juan de *La señorita Julia*… y que nos va a ayudar en la puesta en escena de esta representación…

SCHIWE.— ¡Viggo Schiwe! ¡Uno de sus más ardientes admiradores!

STRINDBERG.— ¡Vaya, vaya! (*Agrio*). He oído hablar de usted.

SCHIWE (*infinitamente halagado*).— ¿Que usted ha oído hablar de mí? ¡No me lo puedo creer! ¿Es verdad? ¿Usted, señor Strindberg? ¡Debería… sí! Sí. Sé que se me empieza a considerar como uno de los mejores actores jóvenes de Dinamarca (*reflexiona*)…, tal vez el mejor…, pero que usted, señor Strindberg…

STRINDBERG (*frío*).— Se habla de usted. Y de Siri.

VIGGO SCHIWE (*algo inseguro*).— Se habla…

STRINDBERG.— Como muy bien sabe, Siri y yo estamos divorciándonos. Por eso usted piensa que ¡impunemente! puede andar manoseando a mi mujer. Pues ¡mucho cuidadito! ¡Las manitas para mear! Esto es un teatro y no una casa de putas. Y cuando logre meterse esto en la cabeza se va a dedicar a estar ahí sentado ¡con la boca cerrada!

SCHIWE (*indignado*).— ¡Señor Strindberg! (*Solemnemente*). La señorita Essen-Strindberg es una persona por la que siento el más profundo respeto y veneración…

STRINDBERG (*a gritos*).— ¡Muy bien! Pues ¡siga así!

SCHIWE (*asustado y dándole en seguida la razón*).—… Y continuaré obviamente haciéndolo…

STRINDBERG.— En cuanto a *La señorita Julia*…, ya no me sorprende nada.

SCHIWE.— ¿Y?

STRINDBERG.— Que la han prohibido.

SCHIWE (*soñador*).— Durante los ensayos me encariñé apasionadamente con el papel de Juan. Lo encuentro profundo, lleno de alusiones que…

STRINDBERG.— El fiscal de la audiencia, una vieja zorra llamada Meyer, la ha encontrado indecente y la ha prohibido. Es decir: se acabó. Podría suprimir algunas cosas en el texto y tratar de que así pasase la censura. Claro que eso haría picadillo la pieza, pero qué coño importa, queremos representarla, nosotros hacemos teatro para ganar dinero. Pero no hay tiempo. Así es que elegimos otras piezas. *La más fuerte*. Y *Paria*.

SCHIWE.— Cortar en ese texto sería un atentado contra…, sería un crimen…

STRINDBERG.— ¡Escuche, señor Schiwe! Yo soy una máquina, ¡una máquina que sirve para mantener a unas personas! ¡Estoy obligado a producir textos como una máquina para mantener a niños menores de edad y a mujeres que parasitan a mi costa! ¡Las señoras exigen sangre y dinero! Por eso, ¡no puedo permitirme el lujo de tener la visión sentimental de mis obras que tiene usted, jovencito!

SIRI (*suave*).— Sin embargo, son obras maestras, inmortales, ¿no es cierto?

STRINDBERG.— Sí, en efecto. ¡A pesar de todo!

MARIE DAVID (*entra en escena silenciosa, casi imperceptiblemente, se detiene, escucha. Quizá tenga veinticinco años, es pelirroja, lleva el pelo corto, tiene una cara dulce y redonda. Strindberg es el primero que la ve. Se queda inmóvil, como fulminado por un rayo. Da un paso hacia ella, se detiene. Hay un silencio absoluto, Schiwe no entiende nada. Siri parece*

tener miedo. Marie mira con toda tranquilidad a Strindberg, pero se nota que está tensa).— Perdonen el retraso.

STRINDBERG (*se vuelve hacia Siri, y se dirige violentamente hacia ella*).— ¿Qué significa esto?

SIRI.— ¿No lo sabes?

STRINDBERG.— Que no sé ¿qué?

SIRI.— En *La más fuerte* hay un papel mudo y Marie ha tenido la gentileza de ofrecerse para interpretarlo.

STRINDBERG (*pausadamente, en voz baja a Siri*).— Así es que vuelve a aparecer la amiguita.

SIRI.— Ya ves.

STRINDBERG (*pensativo*).— La pequeña y repugnante tríbada danesa. ¡Joder! Debería haberla matado, sin más historias, en Grez, hace tres años. No fue suficiente haberla echado de casa.

SIRI (*en voz baja*).— Ahora soy una mujer libre. Tienes que aceptarlo. Así es la vida.

STRINDBERG.— ¿Fuiste tú la que tomó… la iniciativa?

SIRI.— No es asunto tuyo.

STRINDBERG.— ¿Ah, no?

SIRI.— No, no es asunto tuyo.

SCHIWE.— La señorita David…, a pesar de su escasa experiencia teatral…, ha demostrado ser una actriz polifacética, con una mímica entrañable y atractiva que me ha convencido de que…

STRINDBERG.— ¿Conoce usted a la señorita David?

SCHIWE.— No muy bien, pero una persona tan encantadora…

STRINDBERG.— No la conoce, pues. (*Pausa*). Pero yo sí.

SCHIWE.— Ustedes ya… se conocían…

STRINDBERG.— Desgraciadamente. Hace un año corrió el rumor de que había muerto alcoholizada. Desgraciadamente, falso.

SCHIWE.— Pero no debería…

STRINDBERG (*explosivo, mirando fijamente a Schiwe*).— ¡Me desagradan profundamente todos los que andan lamiendo a mi mujer! ¡¿¿Está claro??!

DAVID.— Ahora estoy aquí. No podemos hacer nada para cambiarlo. No he olvidado lo que pasó, pero no me preocupa. Tratemos de no mezclar sentimientos.

STRINDBERG (*se anima, va hacia una silla, la levanta, la coloca en el suelo con un fuerte golpe, mira fijamente a Marie, señala con el índice tembloroso de rabia el asiento de la silla*).— ¡Ahí! ¡Ahí!

¡Precisamente ahí estará sentada la señorita David durante las próximas horas! (*sigue señalando la silla con indignación creciente*). ¡Y con la boquita cerrada! Esta pieza que acabo de escribir y que estamos

ensayando…, para llegar a un estreno indefectiblemente catastrófico…, es la obra en un acto *La más fuerte*. Para los débiles mentales o para aquellos de nosotros que tal vez sean analfabetos (*larga mirada a Schiwe*)quiero añadir la información de que esta excelente… (*mira amenazador a su alrededor, nadie se atreve a protestar), de* que esta excelente pieza tiene dos papeles, de los cuales uno es mudo. *M* de *marimacho, u* de *usurpadora, d* de *demonio, o* de *obscena*. ¡Mudo! ¡Permanecerá sentada ahí! ¡Y muda!

DAVID (*mueve la cabeza con resignación, sonríe, se sienta en la silla*).— ¡Siri querida! ¡¿Qué no haría yo por ti?!

STRINDBERG (*sigue apuntando apasionadamente*).— ¡Aquí sentada! Y constantemente y con la máxima fuerza de voluntad y en la medida de lo posible… ¡con la boca cerrada!

DAVID (*con amable curiosidad*).— ¿Qué han hecho con usted, señor Strindberg? Cuando nos conocimos en Grez usted era una persona tan dulce, tan amable. En realidad, usted es una de las personas más dulces, más delicadas, más sensibles que conozco, no es ni mucho menos…

STRINDBERG (*luchando por mantenerse tranquilo*).— Me tira esto a la cara… y tengo que aguantarlo…

DAVID.—… Quiero decir vulnerable, pero de ninguna manera…

STRINDBERG (*gélido*).— Saque el orinal, señor Schiwe. La señora empieza a soltar su mierda.

DAVID.— ¿A qué viene ahora ese exabrupto tan… violento…, tan viril…?, es como si tuviese que aparentar…, como si tuviese miedo de no ser un hombre si no lo hiciese…

SIRI.— ¿No vas siquiera a tratar de portarte correctamente con Marie? Eres de un rencor increíble. Al fin y al cabo vivimos juntos en Grez casi un año. Como amigos.

SCHIWE (*extremada y penosamente afectado*).— Quizá yo deba retirarme un momento…

STRINDBERG.— Haga lo que quiera. Si esto le resulta penoso, váyase. Vuelva cuando ya no le resulte penoso.

SCHIWE.— Tal vez un momento… (*Se balancea indeciso sobre las puntas de los pies, permanece en escena).*

STRINDBERG.— Aunque no hay muchas cosas que no sean un tormento. También recordar… (*silencio*) es un tormento. Y no puedo evitarlo.

Recuerdo la marcha de la pequeña tríbada. Marie Caroline David. Marie Caroline David. Siri como la Reina de la Noche. Y ella como la Reina de las Tríbadas. Nunca pensé que iban a reunirse de nuevo después de lo que pasó en Grez la noche de las tríbadas.

SCHIWE.— ¿Qué noche fue esa…? (*Calla avergonzado).*

STRINDBERG (*mira pensativo a Marie*).— Marie. Caroline. David.

SIRI (*con grandes bríos*).— ¡Ya es hora! ¡Vamos a empezar! ¡Ya nos hemos retrasado bastante!

¡Ahora tenemos que empezar a ensayar! ¡Llevo muchos años esperando volver a las tablas y nada podrá impedírmelo! ¡Vamos a empezar! Todos vamos a ser buenos con los demás y August se va a sentar ahí a mirar amablemente a las chicas. Vamos a empezar el ensayo, así veremos dónde estamos y el trabajo que nos queda.

SCHIWE (*aliviado*).— ¿Hace realmente tanto tiempo que usted no ha pisado las tablas? ¡Qué lástima! El arte dramático sufrió una gran pérdida cuando usted se retiró voluntariamente…

STRINDBERG (*agriamente*).— Bueno, bueno. El teatro ha sobrevivido a tan grave pérdida. El arte también se encuentra en perfecto estado de salud. Pero hay una cosa cierta: se casó para hacer carrera gracias a mi prestigio. Yo estaba enamorado y era tonto, ella tenía unas ganas locas de hacer carrera. Así de sencillo y cierto. Una mujer encantadora.

SIRI.— ¡Así, así se escribe la historia! ¡Este hombre me saca de quicio! No olvides añadir, querido August, que desde el día de mi matrimonio y durante siete años de escaseces, me he pasado la vida trabajando de criada como una burra. Esa ha sido mi carrera, amiguito. Muchas gracias.

STRINDBERG (*encantado*).— ¡Eso es! ¡Tus planes se quedaron en agua de borrajas!

DAVID.— Lleváis siete años repitiéndoos lo mismo por lo menos ocho veces por semana. ¿No tenéis ningún tema nuevo…, original…, para vuestras peleas?

SIRI.— Consígueme una vida nueva, original, y verás como te daré también gusto en eso.

DAVID.— Pero de qué sirve repetir todos…

STRINDBERG (*apuntando sombrío a Marie*).— Se olvida constantemente. ¡Su papel es mudo! Aquí está, en la primera página. Mire. Y sin embargo sigue con su parloteo. Tarde o temprano, me va a hacer perder la paciencia…

SCHIWE (*convencido de lo que dice*).— Pero la mímica…, no debemos olvidar que este papel mudo tiene que ser interpretado por medio de la mímica…, el rostro debe formar arrugas expresivas…, de esa manera puede expresar sentimientos conmovedores, mudables…, también apasionados…, las manos pueden… ¡también!… moverse de una manera apasionada…, los ojos muy abiertos expresan terror…

STRINDBERG (*contemplándolo con una expresión de absoluta repulsa*).— Siri, mi querida exesposa, eres una chica encantadora, pero siempre has tenido un gusto espantoso para elegir amantes. Mira a

este… sapo… apasionado. Un mal gusto espantoso. Viajantes de comercio y fatuos tenientes que encontrabas en el barco de Finlandia y estúpidos actores de tercera categoría y señoras lesbianas de Copenhague. Nadie a quien yo pudiera respetar… nunca.

SIRI (*con acritud*).— Solo quiero señalar, con energía, que entre el señor Schiwe y yo no ha habido nunca nada.

STRINDBERG (*reflexionando*).— A veces pienso que tú… intencionadamente… has tratado de herirme…, de minimizarme…, buscándote amantes a los que yo nunca podría respetar. Jamás.

SIRI.— ¡Dios mío! ¡He debido abrirme camino por una extraordinaria casa de fieras! Es…

SCHIWE (*ha acabado de hincharse y revienta*).— ¡Exijo una disculpa! ¡Y un desagravio! ¡Esto pasa de la raya! ¡Exijo una disculpa y un desagravio! ¡El señor Strindberg me ha llamado sapo!

STRINDBERG (*sorprendido*).— Pero… ¡eso tiene que ser una equivocación! ¿No dije «sapo apasionado»?

SCHIWE (*desconcertado*).— ¿Dijo eso?

STRINDBERG.— Sí, lo recuerdo con toda claridad. Pregunte a las señoras.

SIRI.— Sí, eso dijo.

STRINDBERG.— ¡¿Lo ve?!

SCHIWE.— Claro, no… Bueno (*piensa intensamente*). Yo… en cualquier caso ¡exijo una disculpa!

STRINDBERG.— Pero, claro…, naturalmente. (*Amable y cariñoso*). Le pido mil disculpas, señor Schiwe. Me porté como un imbécil. (*Le coloca el brazo sobre los hombros amistosamente, caminan lentamente hacia las candilejas*). Señor Schiwe, usted es mi amigo. Tenemos que mantenernos unidos. Muchos le hubieran criticado, estoy seguro…, hubieran dicho que era tonto o un estúpido increíble… ¡increíble!…, pero yo no lo digo, en absoluto. Lo que digo es que usted, a pesar de todo, ¡es un hombre! Tenemos intereses comunes. En el fondo, en este combate estamos en el mismo lado de la barricada. En la lucha contra las mujeres debemos mantenernos unidos.

DAVID.— Yo ahora debo preguntar en serio qué es lo que vamos a hacer. Guerra contra las mujeres o ensayo. ¿Va a haber esta tarde ensayo o no?

SCHIWE.— Es verdad, tenemos que…

SIRI.— Por el amor de Dios. Primera página, desde el principio, sentaos ya y dejad de comportaros como…

STRINDBERG.—… Mujeres…

SIRI.— Primera página, desde el principio.

STRINDBERG.— Esta breve pieza en un acto que acabo de escribir (*con creciente energía y excitación*) y que va a estrenarse aquí…, estreno

mundial, por cierto…, es la estremecedora descripción del enfrentamiento de dos mujeres. Las dos aman al mismo hombre. Luchan por él. Aunque está ausente, domina la escena. Como suele ocurrir. Finalmente una de las dos señoras sale vencedora de la confrontación y vuelve al lado del hombre. El decorado es muy sencillo. Un rincón de un café para señoras. Dos veladores de hierro, un sofá rojo de felpa y unas cuantas sillas. Siri entra…, no, es un error, quiero decir la señora X. Va vestida de invierno…, sombrero y abrigo y una cestita japonesa al brazo. En uno de los veladores está sentada… la que llamamos señorita Y. En mi opinión (*pasea feliz a lo largo y ancho del escenario*) una mujer bastante repulsiva, pelirroja, regordeta, un poco fofa, nariz aguileña… (*No sigue, advertido por la dura mirada que le lanza Siri*). ¡Bien! Está sentada ante una botella de cerveza a medio beber ¡leyendo una revista ilustrada femenina! En cuatro palabras, sus dos ocupaciones favoritas. ¡Realmente acertado! La botella de cerveza es especialmente elocuente… (*pensativo*), ese consumo de cerveza absolutamente incomprensible…, hasta veinte cervezas diarias…, a veces más, si mal no recuerdo… y me acuerdo muy bien.

SIRI.— August…, August…

STRINDBERG (*radiante*).— Sí, sí. La señorita David está, pues, sentada ahí, tomándose una cerveza y leyendo una revista ilustrada, que luego cambia por otra. ¡Revistas ilustradas!

SCHIWE (*algo mohíno por haber quedado al margen*).— Quizá sería oportuno que el director diese unas indicaciones…, un monólogo… apasionado… caracterizado por una poderosa concentración interior…, un monólogo sencillo y agradable… con un calor que…

STRINDBERG.— ¡Empezad!

SCHIWE.— En el caso de la señorita David tal vez fuese oportuno que al principio utilizase una mímica serena y apasionada…

STRINDBERG.— ¡Qué parloteo tan insoportable! ¡Empezad! ¡Empezad!

SIRI (*comienza*).— «¡Amelia, tú por aquí! ¿Qué tal estás, querida? ¡Sentada en tu rincón el día de Nochebuena, como una pobre solterona!».

DAVID *levanta los ojos de la revista, asiente con un gesto y sigue leyendo.*

SIRI.— «Me duele de verdad verte sola, ¿sabes?, aquí, en este café el día de Nochebuena. Me duele tanto como el banquete de boda que vi una vez en un restaurante de París…, la novia estaba leyendo una revista humorística mientras el novio jugaba al billar con los testigos. “¡Hum —pensé—, si empiezan así, buen final les espera!”. ¡Jugando al billar el día de la boda! ¡Y ella, me puedes decir, leyendo una revista

humorística! Bien, sí, pero ¡no es exactamente lo mismo!».

STRINDBERG (*con una risita ahogada*).— Claro que no lo es. ¡Es muchísimo peor! Aquí entra una camarera con una taza de chocolate para la señora que no está bebiendo cerveza. El señor Schiwe, que ha interpretado el papel de Juan en *La señorita Julia* y que, por así decirlo, domina perfectamente lo servil, puede hoy hacer de camarero. Basta que haga como que sirve. (*Benevolente*). ¡Concéntrese intensamente, señor Schiwe, mímica serena y apasionada, conmovedora y llena de expresividad!

SCHIWE (*dándose cuenta*).— ¡Esto podría interpretarse como una sutil puya!

STRINDBERG.— Nada de sutil, señor Schiwe, sino burda. Una burda puya. (*Alegremente lanzado a la ofensiva*). Señorita David, debo advertirle, y recordarle amigablemente, que el día del estreno no la servirá un hombre sino ¡una preciosa jovencita! ¡Ese día es muy importante que la señorita David domine sus instintos! ¡Nada de tocar a la chica! ¡Nada de meterle mano! ¡Nada de tocarle el pecho! ¡Nada de caricias! ¡Nada de miradas ardientes! ¡Destruiría la lógica de la pieza!

DAVID (*en voz baja y con gran intensidad*).— Hay límites de hasta dónde puede llegar usted, señor Strindberg, en su vileza. Esto ha sido vulgar y cobarde, y mezquino. No lo aguanto.

STRINDBERG (*feliz*).— ¡Se siente herida! ¡Se irá en un arrebato de ira! ¡¡Para no volver nunca!! Es así, ¿verdad?

SIRI (*deja caer el manuscrito de la pieza al suelo ya sin esperanzas*).— Bien, se acabó. Me lo estaba esperando. Es tan típico de él. Y precisamente ahora, cuando por primera vez después de tantos años tenía la oportunidad de volver a mi profesión. Entonces hace todo trizas. Con calma y tranquilidad.

STRINDBERG.— Pero ¿¿qué pasa?? ¿¿Qué pasa?? ¿Qué he hecho?

DAVID.— Siri, no me digas que te sorprende.

SIRI.— No, en realidad, no. Aunque siempre me produce la misma tristeza.

STRINDBERG (*intranquilo y con cierto sentimiento de culpabilidad, da unas vueltas en torno a Schiwe*).— Es difícil trabajar con mujeres. No se atienen a los hechos. Carecen de objetividad. Siempre se toman todo personalmente, hasta el asunto más nimio. Son incapaces de ver las cosas desde el punto de vista de los principios. Usted es hombre. Usted comprende lo que digo. (*Grita*). ¡Usted comprende lo que digo!

SCHIWE (*amilanado*).— Sí, comprendo lo que… (*Buscando una tabla de salvación*). Quizá aquí sería oportuno el empleo de un estilo de interpretación algo más apasionado…, con gestos más conmovedores…

SIRI.— Marie, Marie querida.

STRINDBERG.— Página dos, por la mitad. La camarera sale y ya no vuelve. La vivisección continúa y la señora X tiene la palabra. Siri. Adelante.

SIRI.— Estoy deseando hacer este papel. Quiero aprovechar esta oportunidad de volver a trabajar. Deseo ardientemente intentar hacer esto.

STRINDBERG (*casi pidiendo disculpas*).— Página dos, por la mitad…

DAVID *va con calma hacia la silla, lanza una larga mirada a Strindberg, se sienta.*

STRINDBERG (*a Schiwe*).— ¿Ha visto? Una interrupción totalmente innecesaria. Afortunadamente conservé la sangre fría.

SIRI.— «¿Sabes una cosa, Amelia? ¡Ahora estoy convencida de que hubieras hecho mejor si no hubieses reñido con él! ¿Recuerdas que fui la primera en decirte: “Perdónalo”? ¿Te acuerdas?… Ahora podrías estar casada y tener un hogar. ¿Te acuerdas de lo feliz que te sentías las Navidades que pasaste con tu novio en la casa de campo de sus padres?…».

SCHIWE.— Aquí tal vez fuese conveniente que la señorita David adoptase una expresión triste en su rostro…

STRINDBERG.— ¿Se puede seguir cogiendo así, sin más, cerveza de las cajas? ¿No se considera robo? En cualquier caso ahora un café nos sentaría bien. Un buen café, no como el que nos servían aquellas criadas en Grez… (*Paternalmente*). Y usted, señor Schiwe, deje de decir tonterías sin parar. ¿Expresión triste? ¿Por qué? Completamente absurdo y equivocado. La señorita…, la señorita Y tuvo una vez un novio, eso lo sabemos. Pobre diablo. No lo pasaría muy bien. Pero cuando él logra liberarse del cepo, quedan los dos, él y ella, libres. Y ella no está triste. ¡Está contenta! Ella es así, tiene esa manera de ser.

SCHIWE (*totalmente desconcertado*).— Pero según el texto de la pieza ella tiene que…

SIRI.— Esto es asombroso.

STRINDBERG.— Un hombre ausente…, preferiblemente muerto, eso es la felicidad para esa señorita. (*Confidencialmente a Schiwe*). A veces cuando se siente deprimida, se va a pasear a un cementerio, allí mira las tumbas, lee los nombres de hombres muertos grabados en las lápidas para ponerse de buen humor. Nombres. Nombres… de enemigos muertos… Usted, señor Schiwe, no puede cerrar los ojos a la realidad. ¡Nuestro enemigo es así!

SCHIWE.— Pero… la pieza…, usted es tan difícil de… (*inquieto*), ¿no estará bromeando, señor Strindberg?

DAVID.— ¿Y ahora qué es lo que quiere? ¿Es mi vida lo que vamos

a discutir? ¿O esta pieza y esta señora que, en todo caso y según el texto, no es mi doble?

STRINDBERG (*esperanzado*).— Un café nos caería francamente bien. Café solo. Tal vez…, tal vez si el señor Schiwe…, que interpretó el papel de Juan… en *La señorita Julia*… y…

SCHIWE (*agotado y con acritud*).—… Y domina, por tanto, lo servil, ya sé, sí, trataré de hacerlo. Dios mío, ha pasado ya más de una hora y si seguimos así no acabaremos hasta la madrugada.

SIRI.— Antes de que me dé un ataque, y va a ser pronto, quiero que al menos me aclares una cosa. Yo he entendido la pieza así: dos mujeres que no se han visto en mucho tiempo se encuentran. Las dos han estado enamoradas del mismo hombre. Estalla un conflicto entre ellas. La más fuerte gana. Y vuelve después al lado de su marido. ¿Es así?

STRINDBERG.— ¡Perfecto! Así es. El hombre ausente es el personaje central. ¡Ambas lo aman y luchan por él! A la manera de las mujeres.

SIRI.— Absolutamente cierto, cariño. Eso dice el texto. Pues entonces, coño, ¡vamos a seguir el texto sin salirnos de él! Y vamos a no meter en este berenjenal al antiguo novio de David.

STRINDBERG.— ¿Y quién lo ha metido?

SIRI.— ¡¡Tú!!

STRINDBERG.— ¿¿Que lo he metido yo??

DAVID.— Es una pieza extraña. Es como leer una cosa que… todo el tiempo está encubriendo algo. Se disfraza, diríamos. Todo lo importante está al margen del texto. ¿Cuándo la escribió?

STRINDBERG.— No mucho después de que usted… hubiese dejado Grez.

DAVID.— Ah, fue entonces.

STRINDBERG.— Sí, entonces.

SCHIWE (*trajinando con el café, curioso*).— ¿Cuándo ha dicho que la escribió?

STRINDBERG (*lo observa pensativo*).— Señor Schiwe. Schiwe. Tendrá también un nombre de pila…

SCHIWE.— Viggo.

STRINDBERG.— Ah, Viggo. (*Sombrío*). Viggo Schiwe. No es muy bonito, Viggo. (*Concentrando sus fuerzas*). Sin embargo, usted es un hombre. Con un hombre se puede hablar. Los delincuentes, los simios y las mujeres son seres movidos por instintos. Pero con un hombre se puede conversar, razonar. ¿Me entiende?

SIRI.— Asiente con la cabeza, así el pequeño Strindberg se sentirá feliz. A nosotras nos da igual.

SCHIWE, *extraordinariamente incómodo, trata de sonreír, mueve*

ambiguamente la cabeza y mira nostálgicamente hacia la puerta.

STRINDBERG (*como ateniéndose a los hechos*).— Escribí la pieza después de haber echado de nuestra respetable casa de Grez a la señorita David y a su amiguita Sofie, otra lesbiana. (*De repente, grita con gran alegría*). ¡¡Las aventuras del pequeño Viggo en Nochebuena!! ¡Por eso me sonaba su nombre! ¡Por el título del cuento! (*Sigue con toda calma*). Después escribí la pieza. Así de sencillo.

SCHIWE (*sin entender nada*).— ¿Echarlas? ¿Por qué?

SIRI (*con total resignación*).— Por Dios, no tengas reparos. Cuenta, cuéntaselo. Cada vez que te lo oigo experimento la misma sensación de vértigo. Unos cuantos hechos y un gran engaño.

SCHIWE.— Pero… no le pondría la mano encima…, señor Strindberg, eso sería muy poco caballeresco…

STRINDBERG.— Debe tratar de comprenderme (*se va dirigiendo cada vez más a Schiwe, suplicando, cerrando los ojos con fuerza*), señor Schiwe, tiene que tratar de comprender mi situación en aquellos años. Eso de vivir aislado de todos y en el extranjero y estar como en tinieblas…, rodeado de peligrosos murciélagos…, de esas mujeres con su aleteo insistente y amenazador… (*suplicante*), señor Schiwe, usted me entiende bien cuando le digo que se siente sensación de peligro…, ¿no tiene usted también miedo? (*gritando*)…, ¡yo sé que usted va cagado de miedo cuando anda esparciendo a su alrededor esos cultivados piropos como si fuesen mierda…! (*en voz baja*), murciélagos en las tinieblas, exactamente eso son. (*Se endereza y sigue con gran objetividad*). Bien. Llegaron las dos amigas de Copenhague y vivieron con nosotros en Grez. Marie y Sofie Holten. (*Burlón*). ¡El pequeño Ole, como llamaban a esta última! Esas jodidas que tanto odian a los hombres siempre tienen que adornarse con nombres masculinos. Las dos son tríbadas. Una parece tener talento literario. La otra es una fullera de la pintura. Y entonces, señor Schiwe. Entonces es cuando pasa. ¡Entonces me quitan a mi mujer!

SCHIWE.— ¡Señor Strindberg!

STRINDBERG.— Las tolero. (*Tranquila, trabajosamente*). Vivo con ellas. Aguanto las largas declaraciones de amor de mi mujer a la encantadora figura… de la señorita David…, a su pecho. Esas… caricias…, no entiendo nada. Se besan, se pasan el día juntas, conversan… como si yo no existiera… (*Casi infantilmente ofendido*). No logro averiguar qué es lo que he hecho mal…, finalmente me convenzo de que no he hecho nada mal…, simplemente que ¡no existo! A los niños Marie también empieza a caerles bien. Marie…, Marie…, siempre la maldita cháchara sobre esa David. Y luego esa perversión sexual…, tengo que hablar con alguien de esto…

DAVID.— Es verdad. Tenemos que hablar de eso. Por primera vez empiezo a darme cuenta de que es necesario…

SCHIWE.— ¿Es necesario?

STRINDBERG.— ¿Por qué no?

DAVID. — Es absolutamente necesario.

SIRI.— ¿Para entender la pieza que estamos ensayando?

STRINDBERG (*gritando*).— ¡Deja ya de decir gilipolleces sobre entender la pieza! La pieza trata del hombre ausente. Y punto. Cierra el pico. Me vas a volver loco. ¡Empezad de una vez!

DAVID.— Es verdad. El centro perdido.

STRINDBERG.— Y llegó aquella noche. La situación se presentaba absolutamente enloquecida y peligrosa. Marie se tenía que marchar…, se había liado con una chica de la zona y se había ganado la animadversión de los campesinos, tenía que largarse. (*Casi desesperado*). Probablemente hubiera podido mandarla a la cárcel, ¡son cosas penadas por la ley!, pero no lo hice. La dejé escapar. Por el bien de mi mujer y porque… Y entonces durante la fiesta de despedida…

SCHIWE (*incrédulo*).— No me diga que organizó una fiesta de despedida… ¡¿después de eso?!

STRINDBERG.— Pues claro, coño. ¡Naturalmente que hubo fiesta de despedida! ¡Éramos buenos amigos! Y aquella noche…, que siempre recordaré tan bien…, con aquella tibia lluvia nocturna, ligera, luminosa… que cesó justo al amanecer… (*Silencio, duda*). No me fue difícil comprobar que mi querida Siri…, siento tener que mezclarte, querida…, ¡aunque te lo mereces! ¡Por eso, no me avergüenzo!… Pude comprobar el ardiente amor de mi querida esposa por la encantadora Marie Caroline David.

SCHIWE.— ¡Señor Strindberg! ¡Señor Strindberg!

STRINDBERG (*en voz baja, como recitando una letanía*).— Estuvo lloviendo casi toda la noche, y por fin me decidí a salir de casa y me quedé solo bajo la lluvia, y la ventana… era como un cuadro. Y allí estuve un buen rato. Luego entré, y allí estaban, todas. Usted debería haber visto el objeto del ardiente fuego de mi mujer. La recuerdo con toda claridad. Puedo verla. Marie Caroline David, qué bien la veo. Pelirroja y regordeta, nariz aguileña, papada y ojos amarillos, las mejillas hinchadas por la bebida…, estaba siempre bebiendo…, pecho tabla y manos huesudas…, el ser humano más detestable, más repugnante que uno pueda imaginar, un peón de granja se hubiera echado a correr al verla. Papada…, ojos amarillos…, algo abotargada por el alcohol…, rasgos imprecisos en torno a la boca…, ojos amarillos…, las mejillas hinchadas…

SCHIWE (*incrédulo*).— ¿Se refiere… realmente… a la señorita David?

STRINDBERG (*cada vez con mayor desesperación y monotonía*).— Y Siri cantaba una romanza… con su hermosa y delicada voz… y

cuando acabó… se echó a llorar. Y luego fue a sentarse al lado del monstruo y entonces el monstruo danés se levanta, le coge la cabeza entre las manos y devora sus labios con la boca abierta. Al menos ese amor no era platónico, pensé. (*Calla*). Y fuera era ya casi de día.

SCHIWE.— ¿Y qué hizo usted?

STRINDBERG.— Emborraché a esa cerda como una cuba.

SCHIWE.— ¿Se refiere usted a… la señora Strindberg?

STRINDBERG.— No suelo llamar cerda a mi esposa. Excepto cuando se lo merece, claro. Me refería, evidentemente, a la señorita David.

DAVID.— Gracias.

STRINDBERG (*contempla a Marie, y dice casi con cariño*).— Luego recuerdo que habíamos salido al aire libre, porque usted se sentía mal. Estábamos junto a la carretera. Y recuerdo que usted cayó de rodillas, me contemplaba con sus grandes ojos, horrorizados, gimoteaba estúpidamente y apoyaba el cuerpo contra…, ¿era el soporte de una verja? Ya era de día. Y vomitó. (*Pensativo*). Nunca he visto a ningún ser humano que llegase a aquel grado de monstruosidad.

DAVID (*se levanta, se dirige hacia Strindberg, lo contempla en silencio un buen rato*).— ¿Fue así como lo vio?

STRINDBERG.— Desde ese momento mis ideas sobre la emancipación de la mujer quedaron firmemente establecidas.

SCHIWE (*nadie dice nada, hay un gran silencio, finalmente pregunta indeciso*).— ¿Es verdad todo eso?

STRINDBERG.— Pregunte a las señoras.

SCHIWE.— ¿Es verdad todo esto?

SIRI.— Mira…, hay dos clases de escritores. Unos mienten juntando pequeños fragmentos de verdades. Los otros dicen la verdad utilizando un puñado de mentiras.

STRINDBERG.— ¿Y yo a cuál pertenezco?

SIRI.— A la peor.

SCHIWE (*todavía afectado*).—… Y usted, señora Strindberg, ¿qué hizo?, ¿cómo experimentó usted…?

SIRI.— No hice nada. Sencillamente, estaba triste.

STRINDBERG (*en voz baja, casi arrepentido, le habla solo a ella*).— Siri había perdido a su amada y estaba inquieta y se sentía desgraciada. Se dedicaba, sobre todo, a pasear por los bosques, a cantar sus romanzas y a visitar los lugares favoritos de su amiga. Lloraba desconsolada. ¿No fue así, Siri?

SIRI.— ¿No fue así, no fue así, no fue así?… Durante cuatro largos años habíamos vivido… proscritos en este desierto europeo…, habíamos viajado de un sitio para otro, viviendo en modestas pensiones y riñendo…, yo había vivido con este niño aterrado que

pretendía ser un gigante. Y a nadie le servía para nada… la persona que yo tal vez hubiera podido ser. Y ahí estoy esperando tiempos mejores. Y espero. Y voy envejeciendo. Y un día llega esta mujer de la ciudad danesa de Copenhague, en el norte de Europa. Una mujer absolutamente libre. Y me habla como si yo fuera una persona útil, completa y absolutamente útil, que puede servir para algo. Y me dice que ¡no es demasiado tarde! Dios mío, ¿cómo no voy a estar dispuesta a echarme en sus brazos, a amarla?

SCHIWE.— Sí.

SIRI.— No pude evitarlo. Me puse muy triste cuando la echó de casa. A mí me gustaba. La quería.

STRINDBERG *la mira en silencio, desconcertado, quiere decir algo, calla.*

SIRI (*estalla*).— Y lo único que se le ocurre decir a esta mierda de tío, a este miope, es que esta mujer libre era ¡una lesbiana alcohólica! ¡Como si eso fuese tan tremendamente importante!

STRINDBERG (*asombrado*).— Bueno, en fin, creo que es algo que no se puede dejar pasar por alto, merece que se tome nota…

SIRI.— ¡Pues muy bien! ¡Toma nota! ¿Has terminado ya de tomar nota?

SCHIWE.— Sin embargo, a mí también me gustaría preguntar, junto con el señor Strindberg, si esto… no es importante…

SIRI.— Tal vez había otra cosa en Marie que era para mí mucho más importante, ¿entiendes?

STRINDBERG (*a Schiwe*).— Puedo decirle, en toda confianza, que estas tres malditas señoras, por un lado, se pasaron todo un año jugando al *whisttodas* las noches, y por el otro, que nunca lograron aprender las reglas del juego. ¿Comprende ahora lo que es sufrir?

DAVID.— Una vez me habló usted de su padre…, de que odiaba terriblemente su carácter frío, su «naturaleza de islandés», decía. Y que no quería ser un hombre así. ¿Ha cambiado de opinión?, ¿qué le ha ocurrido?

SIRI.— No le preguntes nada. Ya hace tiempo que olvidó esas cosas. Está perdido. Cuando no se encuentra en el centro se asusta y entonces estalla todo. En esos momentos es tan peligroso como una serpiente de cascabel asustada.

STRINDBERG (*asombrado*).— ¿A qué vienen esos grotescos y torpes intentos de hurgar en mi vida interior…, que no es asunto de ninguno de vosotros? Mi vida interior pertenece a la historia de la literatura y tú, Siri, ¡déjala en paz!

DAVID.— ¿Puede una señora pelirroja, repugnante, regordeta y con papada hacerle una pregunta?

STRINDBERG.— Pues claro, naturalmente.

DAVID.— ¿Fue después de aquella noche cuando decidió escribir una pieza… sobre el reencuentro de las dos mujeres enamoradas?

STRINDBERG *calla*.

DAVID.— Y sería… ¿esta?

STRINDBERG *asiente con la cabeza*.

DAVID (*hablando para sí misma*).— No parece que haya entendido mucho de esta pieza.

SIRI (*con exasperada humildad*).— ¿Qué les parecería si nosotros…, tal vez me atrevería a proponer… con toda humildad…, si nos dedicásemos siquiera un par de minutos a ensayar la pieza… o…?

STRINDBERG (*liberado*).— ¡Tienes razón! ¡Vamos a empezar! ¡Nos vamos a divertir de lo lindo! ¡Vamos a ensayar el reencuentro de las tríbadas!

SIRI (*agria*).— Puedo imaginarme lo que se estará imaginando.

STRINDBERG.— ¡Trabajo titánico! ¡Basta de cháchara! ¡Fuerza y entusiasmo! Y además, un poco más de café ¡no nos haría daño! Señor Schiwe, usted, que ha interpretado el papel de Juan en *La señorita Julia* y domina… (*se detiene discretamente ante la mirada asesina de Schiwe*), acaso podría… ¡Muchas gracias, señor Schiwe! ¡Gracias! ¡Tiene usted razón! ¡Café para los señores y cerveza para las señoras! ¡Vamos a empezar!

DAVID (*en voz baja, mirándolo fijamente*).— Señor Strindberg. Ahora me acuerdo.

STRINDBERG.— Se acuerda… ¿de qué?

DAVID.— Ahora me acuerdo de cómo pasó. Por qué me gustó usted tanto. Aquella vez. Ahora me acuerdo.

STRINDBERG (*completamente inmóvil, rostro inexpresivo*).— ¿Sí?

SEGUNDO ACTO

Música.

Proyección sobre el telón. Representa un hombre con cabeza de pájaro.

El escenario. Primero, oscuridad. Luego se va iluminando lentamente. Siri está sentada, inclinada sobre la pieza, estudiándola atentamente. Marie abre una cerveza. Strindberg está a un par de metros de Siri, la mira, se balancea sobre las puntas de los pies, parece que quiere decir algo, pero duda.

STRINDBERG.— Y los niños… ¿están bien?

SIRI (*sin levantar la vista*).— Sí.

STRINDBERG (*dudando*).— ¿Ha aprendido Karin a usar el aparato

fotográfico que le mandé?

SIRI (*seca*).— No sé.

STRINDBERG.— Tal vez podría… (*cautelosamente*), si pudiesen pasar este verano una semana conmigo en el archipiélago yo podría…

SIRI.— No.

STRINDBERG.—… Tú estarías libre…

SIRI.— No.

DAVID *se sienta con la cerveza que acaba de abrir en la mano, mira melancólicamente hacia adelante y suspira*.

STRINDBERG.— ¿Y qué tal estaría si la señorita David se tomase una cerveza?

DAVID *lo mira sin hacer el más mínimo gesto*.

STRINDBERG.— No sabe mal. Tómese una, solo por el placer de probarla. Una nada más…

DAVID.— Me gusta tomarme una cerveza. O varias. Mire, señor Strindberg, yo nunca —ni durante la estancia en Grez ni después— he tratado de mantener en secreto el hecho de que soy alcohólica. Lo soy. Y tampoco intento ocultarlo con mentiras.

STRINDBERG (*algo desconcertado*).— Ah, si es así…

DAVID.— Así es.

STRINDBERG.— Pues… ¡a su salud!

DAVID.— A la suya.

STRINDBERG (*da una vuelta, se concentra, se endereza*).— Punto tras punto se va demostrando…, a pesar de que dicen que miento y exagero…, que tengo razón. Se demuestra. Ahora en lo tocante a la bebida. Siempre bebiendo. Todos los presentes han oído su confesión, ¿verdad? También Schiwe, que es, en todo caso, un hombre y no tiene la costumbre, como las señoras, de ocultar la verdad mintiendo. Usted lo oyó, ¿verdad?

DAVID.— Si quiere, puedo extenderle una certificación notarial para que la utilice en sus libros. Porque me temo que no tardaré en aparecer en alguno…

SIRI.— Dios mío, ¡seguro!

STRINDBERG.— ¿Qué? ¿Qué dices tú?

SIRI.— Solo he dicho: Dios mío. Por eso escribe tanto sobre vampiros femeninos en sus obras. Y hablando de vampiros: estoy convencida de que son una serie de autorretratos. La marrullera y pequeña autocrítica del señor Strindberg. Pero, Dios mío, ¡qué devorador de hombres es!

STRINDBERG.— ¡Pintor de hombres! ¡Los describo! ¡Hay una diferencia, señorita!

SIRI (*con un encantador paso de danza*).— Ante ustedes…, ante sus

ojos asombrados y hechizados…, el cerdo Särimner[3] de la literatura sueca…, el cerdo que por el día era el alimento de los guerreros del Valhalla, *voilà*!, y por la noche volvía a estar vivo, *voilà*! ¡Devorada en una decena de las obras más conocidas y apreciadas del maestro! ¡Y siempre viva! ¡Siempre dispuesta a ser devorada de nuevo!

STRINDBERG (*indignado*).— ¡Y pensar que yo he convertido a esta cerda en una celebridad internacional! ¡Y ni siquiera tiene la decencia de agradecérmelo!

SIRI.— Agradecerte ¿qué? ¿Que me hayas convertido en piedra de escándalo internacional? ¡¿Que me maltrates públicamente… hasta quedar tirada en el suelo, sangrando, con el corazón al aire?! Agradecerte… ¿¿eso??

STRINDBERG (*como dando una lección*).— Piensa un poco. Crees estar tirada en el suelo, sangrando. Tu corazón, al desnudo. Yaces allí sangrando. Entonces tienes que decirte: «Aquí, tirada estoy haciendo historia de la literatura. *Hier liege ich und mache Literaturgeschichte*!».

SIRI (*ahora indignada de verdad*).— Tú devoras seres humanos. Los consumes. ¡Deberíais haberlo visto la noche en que la pobre Victoria[4] trató de suicidarse! Casualmente vivíamos en el mismo hotel. ¡Dios mío! El pobre Landegård, que estaba con ella, entró después en nuestra habitación y nos contó toda la historia. ¡Qué imbécil! Pero, claro, un hombre no aprende nunca a guardar silencio. Oh, Dios mío, ¡cómo escuchaba el señor Strindberg! ¡OOOOOOOOOH! (*Siri da vueltas alrededor de él imitando a una fiera que se come a su presa con los ojos, una fiera voraz con los ojos saliéndosele de las órbitas y relamiéndose*). ¡Ooooh! ¡Qué historia tan suculenta! ¡Qué expresión en el rostro del Maestro…, el implacable interés de un devorador de hombres…, y qué detalles iba engullendo! ¡Una joven que intenta suicidarse! ¡Amor desgraciado! ¡Abandonada! Cuchillos, sangre…, slurp…, slurp…, tal vez…, ¿tal vez material para una pieza?…, slurp…, slurp…, una señorita de la aristocracia… la Noche de San Juan…, una historia con un hombre…, la abandona…, slurp…, slurp…, navaja de afeitar y yo viendo los ojos que con toda frialdad y precisión iban tomando nota gélidamente de todos los detalles y grabándoselos y…

DAVID.— Pero, Siri…, ¿por qué dices eso?…, tú ves igual que yo la enorme compasión que hay en la pieza…, qué más da entonces la expresión de su rostro…

SIRI.— ¡Tú no has sido devorada tantas veces como yo! ¡Esa es la diferencia!

STRINDBERG (*furioso e indignado*).— Y que yo me haya visto obligado a amar a esta mujer, a esta espía, a esta traidora. Terrible. Terrible.

DAVID (*asombrada*).— Pero ¿la quiere de verdad?

STRINDBERG.— Naturalmente que la quiero y naturalmente que seguiré queriéndola…, pero claro que eso no es nada de lo que ella pueda presumir. No es mérito suyo. Cuando se empieza a querer a alguien es algo que… simplemente viene. Como el cáncer. O la peste bubónica.

DAVID.— ¿Ah, sí?

STRINDBERG.— Lo que me saca de quicio es que fuese precisamente de ella, una persona que me desagrada profundamente, de quien fuese a enamorarme.

SCHIWE.— ¿Que le desagrada profundamente…?

STRINDBERG.— ¡¿No le parece una injusticia indignante?!

SIRI (*fría*).— En todo caso, tú eres un vampiro.

STRINDBERG.— Sí, seguramente es verdad. (*Con gran calma*). Tú eres un parásito pegado a mí que me está chupando la sangre y el dinero, necesitas criadas que te sirvan y te pasas el día sin dar golpe soñando con hacer carrera en un oficio para el que no sirves. Y yo un vampiro que te chupa la sangre. ¿No es acaso una imagen exacta de la vida familiar corriente?

SCHIWE (*asombrado, hablando para sí mismo*).— Si al menos pudiese comprender… qué es, en realidad, lo que tienen de extraordinario los escritores.

SIRI.— ¡¡Nada!!

STRINDBERG.— Yo se lo voy a decir. Escribimos palabras. En el fondo eso es realmente extraordinario.

SCHIWE.— Realmente… ¿lo es?

STRINDBERG.— Yo pongo por escrito en un papel los sentimientos y los temores de los hombres antes de que ellos noten que los tienen. ¡Un año antes…, diez años…, cien años antes! Cuando ven las palabras, los sentimientos, bien documentados, se asustan y se indignan. Y no por el terrorismo que ejercen las señoras sobre nosotros. Que sería lo natural. No. ¡Se indignan contra el que lo ha escrito! ¡Eso es lo que a mí me parece extraordinario!

SIRI.— Ya oyes, Marie. El pequeño August está mucho mejor de ánimo que en Grez. ¡Qué vitalidad!

DAVID.— Imagínate que utilizase toda esa energía únicamente en la lucha por la liberación de la mujer…

STRINDBERG (*furioso, gritando*).— ¡¡Ande a lavarse el coño, señorita David!! ¡Si es que tiene! (*Se calma*). Sí. Sí. Sí. ¡Perdón! Fue una estupidez. ¡He dicho que fue una estupidez! ¡He pedido perdón! ¿¿Tengo que hacerlo por escrito?? (*Completamente tranquilo y también desilusionado*). Por lo demás, vivimos en Grez como grandes amigos en medio de una gran miseria, pero ¿cómo? Yo me vi obligado a jugar al *whist* todas las noches, mes tras mes, con dos lesbianas danesas y una

esposa que se esforzaba ardorosamente en ser como ellas. Ninguna de ellas se molestó en aprender las reglas del *whist*. Se pasaban las noches lamiéndose mutuamente. Y por el día esperaban que yo, con estas tres señoritas de la alta sociedad a las espaldas, me dedicase a luchar por la liberación de la mujer. La respuesta es ¡¡no!!

SCHIWE (*lamentándose*).— Pero el ensayo…, el ensayo…, la pieza…, ¿qué va a ser de esta función?

DAVID.— Siri, cariño, ¿quieres traerme una cerveza?

STRINDBERG (*sacando furioso el manuscrito de la pieza*).— Página dos, abajo. La señorita David sentada en la silla, en silencio. Siri canta las delicias del hogar. Empieza.

SIRI.— ¿Dónde?

STRINDBERG.— «No hay nada como el hogar».

DAVID.— Precisamente lo que solía decir mi sifilítico padre, cada miércoles y cada viernes, al salir del dormitorio después de haber violado a mi madre.

STRINDBERG (*la mira en silencio*).— «No hay nada como el hogar».

SIRI.— «Sí, sí, Amelia, no hay nada como el hogar —después del teatro, claro— y los hijos, ¿sabes? Bueno, ¡tú eso no lo puedes entender!».

STRINDBERG.— No, no, así no. Suena fatal. (*Suplicante*). Más convicción, Siri. Estás hablando a uno de esos simios emancipados que han abandonado todo, que no hace más que andar soltando por ahí tonterías sobre la libertad. ¡Estás en una situación de superioridad! ¡Convicción! ¡Tienes que convencer! (*Indignado, a Schiwe*). Es significativo que no haya habido nunca un buen tratante de caballos femenino en la historia. ¡Les falta el fuego!

SIRI.— Sí, cariño. «(*Abre la cesta y le enseña los regalos de Navidad*). Ahora te voy a enseñar lo que les he comprado a mis corderitos. (*Le enseña una muñeca*). ¡Mira! ¡Es para Lisa! ¡Fíjate, abre y cierra los ojos, y mueve la cabeza! ¡Qué cosas hacen! Y esta pistola de corcho es para Maya. (*La carga y dispara contra la señorita Y*)».

DAVID, *risita ahogada, parece divertirse*.

SCHIWE (*preocupado*).— Creo que aquí sería oportuno utilizar una mímica más plástica y expresiva que…

STRINDBERG.— ¡¡Tiene que expresar miedo!!

SIRI *hace un exagerado gesto de terror*.

STRINDBERG (*desolado, dándose por vencido*).— ¡Dios mío, qué representación vamos a dar!

SIRI.— «¿Te asustaste? (*Saca un par de zapatillas bordadas*). Y esto para mi maridito. ¡Con tulipanes! Bordados por mí; yo odio los tulipanes, claro, pero él quiere tener tulipanes por todas partes».

DAVID *levanta la mirada de la revista, irónica y curiosa*.

SCHIWE (*dubitativo, con suma prudencia*).— Usted está seguro de que la pieza es buena, ¿verdad?

STRINDBERG.— ¡Lo es! (*Dolido*). Un clásico. Si llega a representarse algún día. Pero con este mujerío que no para de darle a la sin hueso…, con esta cháchara… ¡no llegaremos a ningún sitio! ¡Sería una ayuda inestimable que al menos alguien cerrase el pico de vez en cuando!

SIRI.— ¿Seguimos, maestro?

STRINDBERG.— ¡Sí!

SCHIWE (*inquieto*).— Yo, obviamente, no quise expresar la menor duda sobre la excelencia de la obra, solo…

STRINDBERG.— ¡Pues no la exprese!

SIRI (*mete una mano en cada zapatilla*).— «¡Fíjate, qué pies tan pequeños tiene Bob! ¿Verdad? ¡Si vieses con qué elegancia anda! Pero, claro, ¡tú no lo has visto nunca en zapatillas!».

DAVID *se echa a reír abiertamente*.

SIRI.— «Y cuando se enfada, ¿sabes?, patalea con su piececito así: "¿Cuándo van a aprender estas malditas criadas a hacer café? ¿Y esto? ¡Ya han vuelto estas cretinas a cortar mal la mecha del quinqué!". Y cuando hay corriente y se le quedan los pies fríos: "¡Caramba! ¡Qué frío hace! ¡Y esas imbéciles aún no saben mantener el fuego en una estufa!". (*Frota la suela de una zapatilla con la parte de arriba de la otra*)».

DAVID *se ríe divertida y a gusto, quizá un poco animada con la cerveza. También Schiwe lo está pasando bien. Siri está haciendo una caricatura muy acertada de Strindberg: sus caderas redondas, su andar a pasitos cortos, sus movimientos un tanto femeninos; ambas mujeres gozan con estas pequeñas pantomimas*.

STRINDBERG (*malhumorado, cada vez más herido*).— ¡Muy mal! ¡Una interpretación totalmente equivocada! ¡La esposa está describiendo conmovedores detalles personales del marido y lo hace con afecto! ¡El ridículo está fuera de lugar! Las dos mujeres luchan por el amor del hombre ausente. ¡Él es el centro del conflicto, el centro de la obra! ¡Con afecto, pues!

SIRI.— Sí, mi amor. «Y cuando llega a casa y se pone a buscar sus zapatillas, que Marie ha puesto debajo de la cómoda… Ah, pero no está bien burlarse de su viejo de esta manera. En todo caso es una buena persona, sí, es un encanto mi pequeño maridito; tú deberías tener uno así…». (*Siri no puede aguantar unas risitas, también David tiene dificultades para retener su hilaridad*)… Perdóname, voy a repetirlo… «En todo caso es una buena persona, un hombrecito…» (*nuevas risitas que se transforman en carcajadas, Siri comienza a hacer ilustraciones anatómicas con discretos movimientos del dedo meñique*), mi

maridito…, mi pequeñito…, oh, perdón…, perdón…

SCHIWE (*incómodo pero al mismo tiempo divertido, la cara roja, contemplando alternativamente a las señoras y a Strindberg*).— Señoras…, señoras…

SIRI.—… Un hombrecito, una lombricita delgadita… (*comienza a tararear alegremente una conocida canción escabrosa*), ay, como una húmeda lombricita… no pudo sacar su cosita… porque era demasiado pequeñita…

DAVID (*se calma, pero todavía riéndose*).— Pero, Siri…, ahora tienes que…

SCHIWE.— Señora Strindberg…

STRINDBERG (*deja el manuscrito de la pieza en el suelo lentamente y con cuidado y se queda inmóvil mirando al frente. Se le nota la cara cansada, inexpresiva, pero se crispa nerviosamente. Las dos mujeres se van calmando, se hace el silencio, un silencio embarazoso. Strindberg no se mueve. Schiwe se balancea nerviosamente sobre sus pies, punta-talón, punta-talón. Mira nervioso a Strindberg, a las mujeres, al techo. Strindberg se mantiene silencioso un buen rato*).— Siri, me lo has prometido tantas veces. (*Muy tranquilo, como hablando consigo mismo).* Aunque siempre supe que no podía fiarme de ti. Que aprovecharías la menor oportunidad. Porque sabes que duele. En cualquier ocasión, en un determinado momento, saltaba. A veces a la cara, a veces por la espalda. Solo porque sabías que yo… no lo superaba. No podía dormir. Es increíble. Tú lo sabes. Yo me adapté —como hacen siempre los amantes— a tus gustos. Hice de paje. De niño y todo lo demás. Fui suave, te permití… Y entonces empezaste a propagar el veneno a mis espaldas.

SIRI.— Vamos, vamos, mi pequeño August. No te lo tomes tan a pecho. También tú tienes que aguantar algo.

STRINDBERG.— Sí, tengo que aguantar.

SIRI.— Es lo que hacemos todos. Nos van desgastando nuestra dignidad humana y nos destruyen nuestra autoconfianza. Nos pasa a todos. Pero tú, por lo menos, haces literatura con ello.

STRINDBERG.— Aunque no gracias a ello. A pesar de ello. A pesar de ello. (*En voz baja, metido en sí mismo, con furia creciente*). Y en fiestas nocturnas, con nuestros amigos, al pasar el límite de las cinco cervezas. Saltaba. Siempre. ¡Y yo he sido tan ingenuo! Fui modesto, discreto en mi actividad sexual. Creí que era lo que ella quería, que me amaba como a un niño. Pero en secreto, me despreciaba. Ahora, en este último año —amor a los cuarenta años— me he vuelto cínico, brutal, lujurioso, y ella me quiere como… hombre. ¡Como hombre! (*Con asco creciente*). Y entonces ¡soy un hombre! Ahora hasta aguanta una paliza, siempre que le dé lo que necesita. ¡Eso se llama idealismo!

SCHIWE.— ¡Señor Strindberg!..., nadie ha podido tomar el comentario sobre su... tamaño... más que como una broma..., no tiene la menor importancia, señor Strindberg...

SIRI.— Pronto te vas a poner a contar cómo te tiraste a aquella jovencita de diecisiete años, Martha...

STRINDBERG (*furioso*).— ¡¡¿Acaso crees que me tiré a aquella maldita zorra por gusto?!!

SIRI.— Pues sí..., claro.

STRINDBERG.— Y lo repetía una y otra vez. Eran como pequeños pinchazos. Mi adorada esposa se reía y bromeaba y bebía y, de repente, saltaba. Oh, mi querida, mi pequeña Siri..., oh, esta dulce, pequeña, jodida cerda... con sus ojos turbios, anegados en alcohol, y sus chistes picantes... (*Gritando*). ¡Como si siempre fuese culpa del tornillo que la tuerca sea demasiado grande! ¡Y todos relamiéndose de gusto!..., ¡interesante!..., ¡usted, señorita David, se acordará de lo que pasó en Grez! Claro que se acuerda. ¡Cómo iba a poder olvidarlo! (*Calla*). Al día siguiente, enfurecido hasta los cojones, me fui a Ginebra y allí busqué un médico y me lo llevé a un burdel. ¡Estrictamente científico! ¡Todo controlado! Allí llevé a cabo la prueba de mi virilidad —por cierto, no era la primera vez— que me gustaría llamar el rapto de Proserpina. ¡Imagínese la situación, señor Schiwe, pensando en la obra de Bernini! ¡Grupo aislado sin apoyo alguno! Hice analizar mi esperma, que resultó fecundo. Y me la midieron, tiesa. Dieciséis por cuatro centímetros, señor Schiwe. ¡Dieciséis por cuatro! ¡Científicamente controlado!

SCHIWE (*un poco tonto*).— Dieciséis por cuatro.

STRINDBERG (*triunfante*).— ¡Exacto!

SCHIWE.— Dieciséis por cuatro..., cuatro centímetros... ¿de perímetro?

STRINDBERG (*estalla*).— ¡Imbécil! ¡Longitud, dieciséis, diámetro, cuatro! Es el diámetro.

SCHIWE.— Ah, el diámetro, bueno... (*parece pensar intensamente*), es que yo no me la suelo medir así, al través..., pero tal vez haya que hacerlo así..., tiene usted razón...

STRINDBERG (*interesado y amable*).— El perímetro se calcula dividiendo el diámetro por dos, que nos da el radio, y aplicando luego la fórmula dos pi erre.

SCHIWE.— ¿Dos *fi* erre?

STRINDBERG.— Dos por *pi* por el radio. Pi es una constante, 3,14. El radio en este caso es de dos centímetros. El perímetro es, pues, dos por 3,14 por dos. El perímetro son 12,56 centímetros. ¡Hay una diferencia!

SCHIWE.— Sí..., claro..., una gran diferencia, claro...

STRINDBERG.— Un perímetro de cuatro centímetrtos sería así de delgado. Como un lápiz.

SCHIWE.— Sí, sí, claro.

STRINDBERG (*objetivo*).— Mi perímetro es de 12,56 centímetros. Es correcto. Ya me lo había calculado antes.

SCHIWE.— Tengo una confianza completa…, confianza total… (*Tratando de memorizar la fórmula*). Dos por pi por el radio. Dos pi erre… Dos pi erre…

DAVID.— Pero y estos ¿a qué se dedican?

STRINDBERG.— ¡Matemáticas! (*Tranquilo*). Dieciséis por cuatro. Así se va creando la opinión pública sobre falsas premisas. (*Calla*). Y sin embargo sigue insistiendo… con sus insinuaciones. De esa manera… por lo que ella llamaba… mi debilidad… la gente le podría perdonar sus numerosas infidelidades (*la mira lúgubre*) —con actorzuelos incompetentes o hijoputas finlandeses con ojos de carnero degollado—, ese crimen moral con sus posibles consecuencias —hijos naturales, sífilis…—. (*Da unas vueltas por el escenario, sin sosiego, con indignación creciente y desesperación reprimida. Sobre el fondo de leones y salvajes de musculosos cuerpos pintados en los bastidores parece muy pequeño, casi tan frágil como un niño*). ¡¡Débil, yo!! Yo, que he viajado por toda Francia en tercera clase y he caminado kilómetros y kilómetros con una pesada mochila. ¡En tres semanas! ¡Yo, que he escalado los Alpes! ¡Que en un día fui a caballo de Vevey a Lausanne, ida y vuelta! (*Ahora con patente desesperación, y los ojos anegados en las lágrimas del que ha sido objeto de una injusticia*). ¡Yo, que he cruzado a nado en el verano el lago Vierwaldstätter, jugándome la vida! ¡Agua insufriblemente fría, angustias de muerte! ¡Yo, que he ido remando de Kymmendö a Dalarö, yo solito, ida y vuelta! Etcétera, etcétera. Así es que débil… ¡¿yo?! Y entonces, ¿por qué he hecho todo esto?

DAVID.— Buena pregunta.

SCHIWE.— ¡Tranquilícese, señor Strindberg! ¡Señor Strindberg!

STRINDBERG (*se sienta, la cabeza entre las manos, todo su cuerpo tiembla*).— Ya lo sé…, esto es ridículo. Sé que no debo degradarme de esta manera. Señor Schiwe, por qué tengo que…, por qué me obligan a humillarme de esta manera…, tiene que haber otra cosa…, no debería verme obligado a ello. Es extraño… que todos esos ataques al hombre, al macho que llevo dentro, me hagan tanto daño. (*Calla, balancea, atrás y adelante, la parte superior del cuerpo*). Claro que es verdad. No la tengo grande…, sé que no soy un hombre grande cuando la tengo floja. Pero soy normal cuando la tengo tiesa. Sin embargo, todas estas habladurías… finalmente llegaron a convertirse en algo… muy importante. Recuerdo la época de *El salón rojo.*[5] Ya se burlaban de mí. (*Con creciente ironía y asco*). Y un día organicé en presencia de testigos —para colmo, una puta— un concurso de pollas

al aire libre, justo detrás de una taberna del parque de Djurgården. La puta —la famosa Oso Blanco— me dio un aprobado raspado.

DAVID.— Déjenlo ya, por favor.

SCHIWE (*mientras tanto ha sacado papel y lápiz*).— Esa fórmula matemática…, dos por *fi*…, ¿sería usted tan amable…?

STRINDBERG (*furioso, señalando a Siri y a Marie*).— ¡No le va a servir de nada! ¡La mujer del futuro no nos necesitará! ¡No nos utilizarán! ¡Mírelas! No es que muestren indiferencia ante mi polla…, ¡es que muestran la misma indiferencia ante la suya, señor Schiwe! ¡Le concierne a usted también! ¡A todos!

SCHIWE (*indignado y profundamente afectado*).— Pero eso no puede ser así…, señor Strindberg, no puede decir esas cosas (*extiende una mano suplicante hacia las mujeres*), eso…, no se puede decir una cosa así…

STRINDBERG (*con gestos enérgicos*).— ¡Polla grande! ¡Polla pequeña! ¡Polla mediana! ¡Polla algo más pequeña que la mediana! ¡¡Qué más da!! ¡A ellas ya no les servimos para nada! ¡No les somos de ninguna utilidad! (*Camina desasosegado en torno a Schiwe, abriendo y cerrando las manos*). Tengo esa sensación. Algo se está fraguando. Lo noto mucho antes que cualquiera. ¡Tengo un despertador en los genitales! ¡Bzzzzzzz! ¡Algo se está fraguando! ¡Pronto pasará algo! ¡Algo está cambiando! ¡Bzzzzzzz! ¡Peligro! ¡Bzzzzzz! ¡Peligro! ¡Peligro!

SIRI.—… Miren a este hombre…

STRINDBERG (*enfadado*).— ¡Quizá también os concierne a vosotras! ¡Quizá también sobréis! (*Inquieto, cada vez más confuso*). Y todas esas nuevas exigencias…, esos nuevos órganos sexuales femeninos que, según las investigaciones más modernas, no podrán ser satisfechos por solo el falo…, novedades…, novedades…, nuevas reglas…, sabe usted, señor Schiwe…, todo se tambalea… (*A gritos*). ¡Dicen que soy muy vengativo! ¡Sí, reconozco que no tengo ninguna gana de dejarme matar por las mujeres! Contesto a un golpe con otro ¡en defensa propia! (*Astutamente*). Y la venganza sugiere, sí, demuestra, ¡la existencia de culpa! Culpa es venganza y la venganza es su consecuencia. Vengarse de un inocente es un absurdo. Por consiguiente, las mujeres son culpables.

DAVID (*divertida*).— Señor Strindberg, no he encontrado a nadie que tenga una lógica tan marcadamente femenina como usted. Ni en la vida ni en los libros.

STRINDBERG (*comedido*).— Las mujeres carecen completamente de lógica.

DAVID.— Es precisamente lo que quería decir. Pero es que, además, usted expresa esa lógica «femenina» de una manera tan divertida. La propia falta de lógica adquiere en usted un… valor

estético.

STRINDBERG *la mira fijamente, agrio y cansado*.

DAVID (*con amabilidad y curiosidad*).— Usted tiene en su interior una delicada mujercita, señor Strindberg.

SCHIWE (*indignado*).— «Una delicada mujercita»…, llamarlo así…, cómo puede arrojarle una cosa así a la cara… ¡al señor Strindberg!

DAVID.— Una mujercita dulce, intuitiva y misteriosa, a la que persigue sin cesar y…

SCHIWE.— Basta, ahora tengo que protestar en nombre del señor Strindberg… Qué porquerías…, una mujercita delicada…, usted no tiene por qué aguantar…, esto es…

STRINDBERG.— No la persigo yo. La perseguís vosotras.

DAVID.— ¿Nosotras? ¿Quiénes?

STRINDBERG (*en voz baja*).— Nunca me permitisteis ser la persona que yo era. Por eso la odio tan terriblemente. Quiero decir: las odio.

DAVID.— Por eso…

STRINDBERG.— Precisamente por eso.

DAVID.— Quizá yo, por mi propia experiencia, pueda entender lo que usted… trata de decir.

STRINDBERG.— ¿Ah, sí? (*La mira en silencio*). Sí.

DAVID *se levanta, coge una cerveza, la abre*.

STRINDBERG (*neutro*).— La cuarta.

DAVID.— Exacto.

STRINDBERG.— Se está usted matando.

DAVID.— No me cabe la menor duda.

STRINDBERG.— En todo caso, vive como una persona libre. Sabe… (*mira tímidamente a su alrededor, baja la voz*), si me promete no decírselo a nadie…

DAVID.— Prometido. Hable.

STRINDBERG.— Le tengo una especie de simpatía. Respeto. Usted no solo habla. Usted ha hecho algo con su vida.

DAVID.— Gracias.

STRINDBERG (*con interés y confidencial*).— ¿Sabe una cosa? Estamos ya en 1889. Y esas malditas señoras, esos apóstoles de la emancipación femenina, llevan decenios hablando sin parar de la liberación de la mujer. Pero no hacen nada. Más de la mitad de la población de la tierra son mujeres. Pero esas caguetas aún no se han liberado. La historia está llena de ejemplos de hombres oprimidos que se levantaron contra sus opresores y se liberaron luchando. Las mujeres no hacen más que hablar. Es eso lo que me saca de quicio. Yo me sumerjo en mi trabajo y al cabo de seis meses salgo a la superficie con dos obras de teatro, una novela y quince artículos en la mano. Y

esas jodidas charlatanas siguen hablando. En los mismos salones. ¿Han matado a algún opresor? ¿Le han cortado el cuello a algún tirano? ¿Han volado alguna cárcel? ¿Organizado algún levantamiento? ¿Hay sangre en las paredes? ¡No! Las monitas siguen charrando. El día en que tomen en sus manos su libertad, las respetaré.

DAVID.— ¿Y se pondrá a su lado?

STRINDBERG (*tremendamente sorprendido*).— ¡Naturalmente que no! ¡Las combatiré con más energía que nunca! Pero… ¡respetándolas!

DAVID.— Ah, el respeto…, ese machismo…

STRINDBERG.— ¡Ustedes tienen miedo a la libertad!

DAVID.— ¿Ah, sí? No sabía…

STRINDBERG.— Si se les da libertad a los monos, se emborrachan hasta morir.

DAVID (*absolutamente desapasionada*).— Lo voy a desilusionar. A mí no me parece que su visión de la mujer sea tan reaccionaria. Pero usted no ha logrado… comprender…, distinguir… cómo es en realidad… la cárcel… o la libertad.

STRINDBERG.— Sí, pero todo este gimoteo…, esas quejas…, ese jodido parloteo pasivo… ¡sin hacer nada! Dentro de cien años todos los hombres se habrán suicidado desesperados de tanto gimoteo…, así terminará la guerra de los sexos…

DAVID.— No tiene demasiada gracia. (*Va a por otra cerveza, la abre*).

STRINDBERG.— La quinta.

DAVID.— Exacto.

STRINDBERG.— La bebida acabará matándola.

DAVID.— Con toda seguridad.

STRINDBERG.— En cierto modo, sería una pena.

DAVID.— Mañana ya habrá cambiado de opinión.

STRINDBERG.— En realidad, ¿por qué empezó?

DAVID.— En todo caso no fue por la maldita libertad.

STRINDBERG (*animándola*).— Probablemente no es más que debilidad de carácter. Tal vez de nacimiento. Quizá tenga la sangre enferma. (*La mira con curiosidad*). Se dice, bueno, eso he oído, que Georg Brandes…,[6] llamado también Brandes el Grande…, fue su padre. De joven frecuentaba la casa de ustedes, y que tuvo relaciones con su madre aunque estaba casada…, ¿es cierto?

DAVID.— Brandes, ese radical de mierda…

STRINDBERG.— ¡Vaya! (*Se le ilumina la cara*). ¡Por lo menos usted tiene buen gusto literario! ¡Pues entonces es de ahí de donde le viene esa debilidad de carácter!

DAVID.— Imagínese, señor Strindberg. (*Pensativa*). Si hubiese

conocido a mi madre… Hija natural en un famoso barrio de putas, elevada a la categoría de esclava de la plantación entre la aristocracia de Copenhague. ¡Ay, señor Strindberg, si alguna vez quisiese escribir sobre las hijas de las criadas![7] Pero, claro, no quiere.

STRINDBERG (*no la escucha, va y viene por el escenario con las manos a la espalda*).— Es casi fantasmal. La hija de Brandes trae la peste a mi casa…, siempre había intuido que ese Brandes… En algún sitio escribió sobre su madre… «esa mujer oprimida» y cómo ella le explicó las interioridades de la «cárcel» que es la institución de la familia…, ¿no es así? Brandes, el niño mimado de las ligas feministas…

SIRI (*desde la cama que hay al fondo del escenario*).— Ahora sí que has llevado el agua a su molino. Conspiraciones y ligas feministas. Agárrate bien.

STRINDBERG.— Aborto de víbora. Lo sabía.

DAVID (*algo achispada*).— Brandes el Grande. Un radical, bien educado, culto. Cultísimo. (*Ligeramente irónica*). Tenía las opiniones correctas sobre todos los temas, pero ¿de qué le servía eso a mi madre? Sí, escribió sobre ella porque no había visto nunca nada parecido: una persona que nunca se doblegaba. Todo era tan prodigiosamente exótico, pensaba, un «buen salvaje» oprimido, un pájaro…, sabe. Un pájaro en su jaula…, lo emocionaba tanto su situación… hasta que por fin la convenció para que dejase toda aquella mierda. Nos llevó a mí y a mi hermanito con ella, fue como una novela, gran literatura. Aunque después él se vio atrapado en la jaula con ella y entonces todo se hizo muy penoso.

STRINDBERG.— El rapto de una esposa conlleva… dolor… o tormento…

DAVID.— Probablemente ella creyó que Brandes era la libertad…, que él era su nueva vida…, que la huida era posible. Pero, en realidad, Brandes no estaba enamorado de ella. Simplemente sentía una gran compasión por ella…, tan hermosa como era…, tan oprimida como la tenía un viejo marido sifilítico…, tan trágico… ¡Aquello era gran literatura! (*Pensativa*). Era realmente hermosa. La esclava más hermosa de toda la plantación. (*Con intensidad creciente*). Pero ¡no sabía nada! Nadie le había enseñado nada, salvo a ser decorativa… y tras la huida, la propia libertad se le hizo tan penosa. No había leído ni un libro…, no había estado nunca en el teatro…, no tenía nada de que hablar…, era imposible escaparse de la cárcel corriendo. ¡La cárcel la seguía como su propia piel! Y el señor Brandes era un humanista tan sumamente culto… con una compasión tan grande… por los oprimidos… aunque cuando mi madre se liberó la libertad se convirtió en algo tan penoso… para todos… Así es que no salió muy bien.

STRINDBERG.— Supongo que se mataría bebiendo. Murió alcohólica, ¿no?

DAVID (*pensativa*).— A veces, cuando pienso en todos esos humanistas tan radicales, tan liberales y tan cultos que he conocido, me parece maravilloso hablar con un hijo de puta como usted.

STRINDBERG.— Pero, en todo caso, ¡Brandes era su padre! Y el pobre esposo…, el anciano esposo legítimo…, engañado por su esposa que fue ridiculizado en los libros del ilustre literato, se vio obligado a pagar los gastos de su manutención, a albergar en su casa hijos ilegítimos, sufragar los gastos del parásito que era su esposa…

DAVID.— Un momento, señor Strindberg, un poco de calma. Brandes no era mi padre. De lo único que no estaba segura mi madre era de cuál de las violaciones que mi legítimo padre, un venerable anciano sifilítico, le infligía todos los miércoles y los viernes, habría resultado fecunda. Era un hombre de costumbres muy metódicas.

STRINDBERG.— Las ratas en el hoyo.

DAVID.— Yo la conocí sobre todo después de su… liberación. Eso de la libertad había llegado a ser para ella una idea absolutamente perversa. Se le había metido en la cabeza —insensata ilusión— que ella no era un mono, con mente de criminal, constantemente dispuesta para la copulación. ¡No sabe usted con qué rapidez matan a una mujer esas falsas ilusiones!

STRINDBERG.— Vaya.

DAVID.— Lo que acabó con ella, me dijo una vez, fue que en aquella nueva libertad nadie parecía necesitarla, no servía para nada. Era completamente…, la libertad era completamente…

STRINDBERG (*en voz baja*).—… Inútil. Lo sé.

DAVID (*lo mira escrutadora y ligeramente achispada*).— ¿Lo sabe? (*Pausa*). ¿Lo sabe usted, señor Strindberg? ¿Y se acuerda de la noche en que tuvimos la pequeña fiesta de despedida en Grez? (*Con gran objetividad*). ¡Qué bien la describió! ¡Qué palabras tan hermosas! «Lluvia tibia». «Noche húmeda». Eso de… «vi cómo el monstruo danés la besaba»… y al final aquello tan delicado de «gris amanecer». «La noche de las tríbadas». Aunque no sé si usted llegó a entender alguna vez lo que yo sentí: eso de que la echen a una a patadas como a una rata inútil. Con toda cortesía, claro. «Mientras dábamos una fiesta de despedida para nuestras amigas». ¡Qué refinamiento!

STRINDBERG.— No beba más. (*Calla atormentado*). Sí. Recuerdo.

DAVID.— Usted ha dicho que emborrachó a la pelirroja como a una cuba. Sí, sería así. Porque en las primeras horas de la mañana, de pronto, todo ese barniz culto, esa inaudita educación se había evaporado y todos fuimos terrible…, terriblemente… sinceros. Recuerdo que estábamos fuera, cerca de la carretera. Estaba yo. Y Siri.

Y usted. ¡¿Recuerda?!

STRINDBERG.— Sí.

DAVID.— Sí, se acuerda.

STRINDBERG *se mueve, mientras habla Marie, en medio de un frío resplandor nebuloso, azul hielo, como en un sueño. Siri está con él. Se mueven con extraordinaria lentitud, hablan y gritan sin que se oigan sus palabras, con sus caras blancas y las bocas abiertas, pero lo único que se oye son las palabras de Marie. Es una pesadilla lenta, la música subraya intensamente las palabras de David. Strindberg y Siri danzan su lento e implacable ballet envueltos en la azulada luz en torno a Marie, que cuenta lo que pasó una mañana en Grez*.

DAVID.— Me sentía muy mal. Me apoyé con un brazo en…, era probablemente el soporte de una verja…, y vomité. Y me cayó en el vestido. Oh, qué mal me sentía. Y Siri corría por la carretera, en círculos sin sentido, absurdos, llorando y gritando. Corría, lloraba y gritaba. Y yo seguía vomitando y con el vestido manchado. ¡Qué horrible fue! Y me tenía que marchar. Y Siri lloraba. Era como separar a dos hermanas siamesas con un hacha, ¿entendió usted eso? ¿Lo entendió?

STRINDBERG, *el rostro de un blanco azulado, la boca abierta de par en par, los movimientos temerosamente lentos, se mueve en torno a ella, apuntando incesantemente hacia ella, mientras Siri se mueve en círculos más lejanos*.

DAVID.— Usted estaba a solo dos metros de mí, yo estaba muy borracha, pero le veía la cara y cómo movía la boca. Sin producir sonidos. Creo que gritaba y me insultaba. No oía nada, pero probablemente me estaba abroncando. Y me sentía tremendamente mal. A cierta distancia había unos niños mirándonos…, creo que eran del pueblo. Pero yo solo veía su cara. Una cara completamente gris en la que la boca se movía como un agujero negro, y yo no oía nada. Entonces, de pronto, de golpe. De pronto sentí un gran cariño por usted.

STRINDBERG *se detiene, la luz va perdiendo su tono azulado, cesan los movimientos, la boca se cierra, la música se intensifica y luego se apaga. Él abre los ojos y mira al frente con la mirada ausente*.

DAVID.— Tuve la impresión de que yo lo comprendía a usted perfectamente. Nadie había querido utilizarnos. Habíamos sido inútiles. Eso era lo terrible. Fue como si aquel rostro enloquecido, grisáceo, con aquella boca que no era más que un agujero negro, sí, como si hubiese sido mi rostro. También el mío.

STRINDBERG (*está muy cerca de ella, levanta la mano con timidez, le acaricia la mejilla, hay un gran silencio*).— Sí. Sí.

DAVID.— Tuvo que haber provocado un enorme escándalo en

Grez.

STRINDBERG *calla, atormentado*.

SCHIWE (*un poco inseguro, quiere romper la tensa atmósfera creada, toma impulso, avanza lentamente*).— Por mi parte, yo contemplo a la mujer como una flor…

STRINDBERG.— ¡¿Cómo?!

SCHIWE.— No deberíamos acaso… tratar de… imaginar la esencia de la mujer… como una planta…

STRINDBERG (*inexpresivo*).— Dios mío, pero aún anda este fantoche por aquí…

SCHIWE.— Estamos todos esperando al fotógrafo. Iba a venir hoy.

STRINDBERG.— El fotógrafo.

SCHIWE.— Inmortalizará este momento, usted y su compañía en el teatro Dagmar. Para la posteridad.

STRINDBERG.— La posteridad. Ah, sí, esa.

SCHIWE.— ¿Quiere que… averigüe… dónde está?

STRINDBERG.— Sí.

SCHIWE.— [Señor Strindberg…, ¿me permite? Hoy he comprendido que tal vez yo no sea… suficientemente fuerte. Para el teatro. Es tan… real. Quizá deba cambiar de profesión. Tal vez en una compañía de seguros… Pero usted, es tan… (*Calla. Mira con una mirada vacía a Strindberg, dice como disculpándose*). Perdón. Perdón]. [8] (*Sale)*.

SIRI (*que ha estado tumbada en la cama, se levanta, se acerca a Strindberg*).— No vamos a ningún sitio. Supongo que aquí termina mi carrera teatral.

STRINDBERG.— El teatro está inconsolable.

SIRI.— Sí, no puedo evitarlo, pero tenía gran ilusión por volver a las tablas. (*Mira hacia donde ha desaparecido Schiwe*). Sabe Dios si ese volverá.

DAVID.— Entonces… ¿se acabó?

STRINDBERG (*se sienta, muy cansado pero también muy determinado*).— No, tenemos que seguir. Ahora debemos calmarnos y hacer un esfuerzo. Tengo deudas y necesito dinero. Nadie me presta un duro. Solo me queda una salida: este teatro experimental. Ningún otro teatro quiere montar mis obras. Ningún editor publica mis libros, nadie acepta mis artículos, todos hablan mal de mí. Diez años de persecuciones… me han traído aquí. A este pozo sin salida… Esta maldita ratonera, el teatro Dagmar. Y esta maldita pieza es todo lo que nos queda. Nosotros no somos absolutamente inútiles, servimos para algo. Por eso tenemos que seguir ensayando *La más fuerte* hasta el final. Así de sencillo.

SIRI.— ¿Entonces…?

STRINDBERG.— Entonces seguimos. Nosotros.

DAVID.— Sí.

STRINDBERG (*trabajosamente*).— Página cinco, arriba. «Ya desde que nos conocimos hubo algo raro en nuestras relaciones».

SIRI.— «Ya desde que nos conocimos hubo algo raro en nuestras relaciones». (*Pausa, mira largo tiempo a Marie*). Sí, verdaderamente.

STRINDBERG (*amable*).— Continúa.

SIRI.— «Ya desde que nos conocimos hubo algo raro en nuestras relaciones —cuando te vi por primera vez, me diste miedo, tanto que no me atrevía a perderte de vista ni un segundo. Me las arreglaba, en medio de todas mis idas y venidas, para estar siempre cerca de ti— y como no me atrevía a ser enemiga tuya, me hice tu amiga». (*Gélida*). Extremadamente falso. (*Sigue directamente*). «Pero siempre que venías a nuestra casa se creaba un ambiente cargado, un cierto malestar, porque veía que mi marido no te aguantaba». Muy cierto. Él comprendía que la libertad es algo muy contagioso. «Y me sentía molesta, como cuando llevas un vestido que no te está bien. Hacía todo lo que estaba en mi mano para que él se mostrase amable contigo, pero sin demasiado éxito; ¡hasta el día en que anunciaste tu noviazgo! Entonces surgió una intensa amistad entre vosotros… Fue como si…, al menos así me lo pareció por un momento…, fue como si por primera vez os atrevieseis a mostrar vuestros verdaderos sentimientos, ya tranquilos por la seguridad que daba tu reciente noviazgo». La seguridad de la cárcel es lo que quiere decir. Has dado la vuelta a todo con verdadero ingenio, tengo que reconocerlo. Y quién era el novio, si se puede saber, la pobre Sofie… y, claro, si ella y Marie estaban juntas… tú te sentías menos celoso…, pero lo que pasaba en realidad, cariño, es que tú tenías celos de…

STRINDBERG (*tremendamente irritado*).— ¡Esta maldita manía de andar comentando todo! Esta manera tan tremendamente personal de leer un texto literario…, esta tremenda petulancia…, ese egocentrismo…, como si fuese incuestionable que trata de ti y de esas jodidas monas…, como si fueses el ombligo del mundo… ¡Interpreta tu papel y calla! ¡A ver si aprendes de una vez a actuar con la boca cerrada!

SIRI.— ¿Y por dónde quieres que me salgan las palabras?…, ¿por los oídos?

STRINDBERG.— ¡A tu papel! ¡Y cierra el pico!

SIRI.— Sí, sí, pero es que esto es tremendamente malo, además de falso, lo veo con mayor claridad ahora que… lo estamos interpretando nosotros. La única manera de que esto sea un éxito en Copenhague es interpretarlo en finlandés diciendo que es algo de Ibsen.

STRINDBERG (*furioso, apuntándole con un dedo*).— ¡Tú! ¡Tú! De

ahora en adelante ya no aparecerás en mis libros. Como si te hubieses muerto. ¡Ese será tu castigo!

SIRI.— ¡Socorro! ¡Me muero! ¿Habré oído bien?

DAVID.— Pero ¿es necesario discutir lo que hay de verdadero o falso en la realidad para poder representar esta pieza? Es… tan…

STRINDBERG (*señalando enérgicamente el manuscrito*).— ¡Todo es verdad! ¡Cada palabra! Una verdad perfectamente documentada. ¡No se puede negar con simples mentiras! ¡Un documento! ¿Es que acaso no surgieron desavenencias en el matrimonio, precisamente como he dejado bien establecido y documentado aquí?, ¿¿acaso no surgieron desavenencias cuando apareció esta guarra??

SIRI.— Pero, cariño, mi pequeño August… Tú siempre, desde que te conozco, como tantos otros hombres, te sientes presa de una angustia puramente irracional cuando encuentras a una mujer libre. Te suena la alarma que llevas en los cojones. ¡Bzzzzzz! ¡Peligro! Bzzzzzzzzz. ¡Entonces te entra una angustia de muerte y te pones a gritar que es lesbiana! ¡Bzzzzzzzzzzzzzzzzz!

STRINDBERG.— ¡Cómo! ¿Es que no es lesbiana? ¡Di!

DAVID.— Y si lo fuese, ¡¿qué?!

STRINDBERG (*subrayando mucho lo que dice, con apasionamiento*).— No, a la mujer libre no le tengo miedo. Yo solo aguanto —y tú lo sabes mejor que nadie— a las mujeres libres. Pero esas mujeres libres ¡¡tienen que trabajar, tienen que quererme, y no andar a mis espaldas hablando mal de mí y riéndose de mi polla!!

SIRI.— Obviamente, para ti la mujer no es como una flor…

STRINDBERG.— En ese caso sería una amapola. Hermosa por fuera, opio por dentro. ¡Opio! Imprescindible cuando se ha probado y, al mismo tiempo, esclavizador. Embriagador y esclavizador. (*Encantado con la hermosa metáfora*). La mujer es como una amapola.

SIRI.— Oh, este odio a la mujer… yo no lo entiendo…

STRINDBERG.— Oh, estas incesantes habladurías sobre mi odio a la mujer. (*Con gran énfasis y algo de autocompasión*). Yo no tengo nada, absolutamente nada en contra de las mujeres. (*Señalando acusador*). Pero ¡¿te gustaría, sí, a ti, Siri, que tu hija se casase con una mujer?!

SIRI.— Dios mío, sí. ¡Qué descanso sería!

DAVID.— ¿Pero qué clase de mundo es este…, qué clase de…, donde gentes como usted…, donde un hombre como usted tiene que andar a gritos y medírsela, longitud y diámetro, y sentirse atemorizado por las mujeres y considerarlas como una droga… y…?

STRINDBERG (*no la escucha, de repente está completamente solo en su voz, como un niño*).— Siri, ya lo sé, te vas, esta es la última noche de nuestra vida común. Nunca volveré a ver a mis hijos, sé que vas a ser despiadada. Ya no veré más a Karin… ni a Greta… ni a Putte. Así es,

Siri. Y sé que tengo que elegir entre morir y seguir viviendo. Y yo solo puedo vivir si tengo a mi lado una mujer. Eso es lo terrible. Iré a ver al doctor Öhrwall, el de la maternidad. Le diré que me busque una mujer joven que acabe de tener un hijo. Padre desconocido, desaparecido. Tiene que ser joven, no hace falta que sea guapa. Una mujer de unos veinticinco años, ancha de caderas y con buenos pechos. Me ocuparé de ella, educaré a su hijo y le haré otros. Tengo que tener hijos, ¡no puedo vivir sin gritos de niños!

SIRI.— Hermosas ideas.

STRINDBERG.— ¡¿Crees que soy el único que piensa así?!

SIRI.— No, ese es el asunto. Nuevos esclavos, más opresión. A nosotras, las mujeres oprimidas, nos habéis…

STRINDBERG.— ¡Nosotras, las oprimidas! ¡Nosotras! ¿Quién coño es ese *nosotras*? Durante siglos la mujer campesina sueca ha trabajado… y hablo de que ha trabajado en el campo. Además ha llevado la casa y la economía de la familia, ha decidido la educación de los hijos, ha sido la máxima autoridad religiosa del hogar, ¡ha decidido prácticamente todo! Mientras el hombre ha trabajado como un esclavo en sus cosas y se ha subordinado a ella. ¡Esa es la realidad para la mayoría de las mujeres de este país, señorita Von Essen! Y entonces llega esta maldita aristócrata de Finlandia, que no ha dado golpe en toda su puñetera vida, ¡y se pone a hablar de «nosotras, las oprimidas»! ¡No tienes ningún derecho! ¡Ni siquiera a ser la portavoz de las realmente oprimidas! Si mi madre hubiese estado aquí (*ahora casi con lágrimas en los ojos*) —esa mujer delicada, callada, paciente, encantadora y oprimida que tanto trabajó en su vida—, ¡¡te hubiese dado una patada en el culo!! ¡En silencio y sin palabras superfluas!

DAVID.— Eso no tiene sentido, señor Strindberg, no cuadra. Su lógica es femenina.

STRINDBERG (*gritando*).— ¡Pero mi intuición es muy superior a la vuestra! ¡Yo puedo husmear una verdad a kilómetros de distancia! ¡Encontrarla guiado por mi olfato! ¡Cazarla y luego traerla!

SIRI (*anda de un lado para otro, inquieta*).— A diferencia de vosotros…, ¡a mí esto no me divierte nada! Lo he oído demasiadas veces. Esas verdades traídas de lejos. Esa noble madre, callada, muerta. Esa silenciosa…

STRINDBERG.— ¡Tócala! ¡Y si la tocas…! ¡Si te atreves a tocar su sagrada memoria! ¡Si lo intentas…!

SIRI.— ¡Jesús! Pero ¡¿qué voy a tocar?! Yo ahora solo pienso en una cosa. ¿Voy a debutar, por segunda vez en mi vida, el día 9 de marzo de 1889 en el teatro Dagmar o no?

DAVID.— Siri tiene razón.

STRINDBERG.— Sí, por una vez, sí. Es tarde, estamos cansados,

pero tiene razón. Tenemos que intentar seguir ensayando hasta el final. Tenemos que… concentrarnos…, vamos a ver lo más difícil. Página ocho…, sí, aquí, página ocho. El largo monólogo del odio, cuando se da cuenta de que su amiga, una vez, había tratado de quitarle el marido.

SIRI.— Sí. Vivir para ver. Vivir para ver. ¿Lo he dicho bien esta vez?

STRINDBERG (*se hace el desentendido*).— ¡Así es la pieza! ¡Hay que respetar el texto del autor! Y aquí dice que las dos mujeres han luchado para conseguir al mismo hombre. Ausente y, sin embargo, en el centro de la acción. Ambas aman al hombre y luchan por él. ¡Eso dice la pieza!

SIRI.— Sí, cariño. Lo amamos. Apasionadamente. ¿No crees que de vez en cuando podría besar una fotografía suya? ¿No crees que sería…?

STRINDBERG.— Página ocho, arriba. «Fue por eso».

SIRI.— Bueno, Marie. Parece que vamos a volver a ensayar.

STRINDBERG.— «Fue por eso». ¡Y, joder, empieza de una vez!

SIRI (*Marie está sentada en la cama, apoyada, con aspecto cansado, en el gigantesco pie de la cama, y Siri se sienta cariñosamente junto a ella. Comienza a leer con calma, casi resignada, contrariamente a lo que dicen las palabras: su voz es íntima, cálida, casi acariciadora*).— «Fue por eso por lo que tuve que bordarle tulipanes —¡esas flores que odio!— en las zapatillas, porque a ti te gustaban los tulipanes. Fue por eso». (*Le coge la mano a Marie y se la acaricia delicadamente*). «Fue por eso por lo que teníamos que veranear en las playas del lago Mälar, porque a ti no te sentaba bien el mar. Fue por eso por lo que mi hijo se tuvo que llamar Eskil, porque tu padre se llamaba así. Fue por eso por lo que tuve que vestirme con tus colores favoritos, leer a tus escritores favoritos, tomar tus bebidas favoritas: tu chocolate, por ejemplo. Fue por eso —oh, Dios mío—, ¡es horrible!… (*muy cálida, dulce, con una ligera sonrisa*), cuando me paro a pensarlo… ¡es horrible!…».

STRINDBERG (*suplica desconcertado*).— Pero, Siri, estás completamente equivocada, no es así. No debes decirlo en ese tono, ¡sino con odio! ¡Con odio! ¡Tienes que interpretarlo con odio!

SIRI (*sin darse por aludida*).— «Todo me venía de ti, todo lo que él me daba me venía de ti! ¡Hasta tus pasiones! Tu alma se metió en la mía como el gusano en la manzana, y allí se puso a comer y comer, hasta que no quedó más que la cáscara con una negra masa dentro». (*Cada vez más resignada, acaricia a David*). «Quise alejarme de ti, pero no pude. Estabas allí como una serpiente mirándome con tus ojos negros y me hipnotizabas…, yo sentía cómo las alas, al intentar volar, ¡me arrastraban a las profundidades! Flotaba en el agua con los pies

atados y cuanto más movía los brazos intentando nadar, más me hundía, más me hundía, hasta el fondo, donde me esperabas tú, un gigantesco cangrejo, para agarrarme con sus poderosas tenazas… y ahí me tienes ahora». (*Infinitamente dulce, serena*). «Cómo te odio, Dios mío, cómo te odio, te odio».

STRINDBERG (*ha dejado caer el manuscrito de la pieza al suelo, se queda inmóvil en el centro del escenario, balanceándose, dice con una tenue voz, infantil*).— Siri. Ese papel no puede interpretarse así…, no es ese el sentido… Siri…

SIRI (*ha dejado la pieza, abraza a Marie, fuerte, convulsivamente. La acaricia. Se abrazan con creciente intensidad. De pronto Siri se echa a llorar, llora cada vez más desesperada y abandonada. Apoya la cabeza en el pecho de Marie, la acaricia, llora sollozando y, sin embargo, feliz*).— Ay, Marie, Marie. ¡Qué sola he estado!

DAVID (*cierra los ojos, tiene a Siri en sus brazos como si fuese un niño, la mece suavemente*).— ¡Mi pequeña Siri! ¡Siri querida! Llora, llora, ya ha pasado todo.

STRINDBERG *va andando a pasitos cortos, muy cortos, hasta la silla y se sienta. Su rostro está gris y vacío, se contrae espasmódicamente, mira al público en silencio. La cama donde están las dos mujeres, queda envuelta en penumbra, sus cuerpos apenas visibles, el único sonido que viene de allí son los sollozos cada vez más esporádicos de Siri. Strindberg permanece en silencio. Música, muy baja.*

DAVID (*se suelta del abrazo, cruza el escenario, llega al lado de Strindberg. Coge una silla, se sienta a su lado. Le habla con gran calma y amabilidad*).— Señor Strindberg.

STRINDBERG (*no contesta, la parte superior de su cuerpo se balancea casi imperceptiblemente atrás y adelante. Por entre sus labios cerrados sale un quejido casi inaudible, o una canción de un único tono*).— M m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m.

DAVID.— Señor Strindberg.

STRINDBERG.— M m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m m.

DAVID.— Señor Strindberg, la pieza que ha escrito no es absolutamente clara.

STRINDBERG (*calla de repente, espera, luego con una voz apenas audible*).— Lo sé.

DAVID.— A veces una siente que… no es verdad. Y a veces que es… tremendamente verdadera, contra su voluntad. La verdad se mete por las rendijas. Por las rendijas que usted no supo tapar.

STRINDBERG.— Lo sé.

DAVID.— Sí, lo sabe. Por supuesto.

STRINDBERG.— Sabía que —después de aquella noche— todo estaba perdido. Luego se me ocurrió escribir una pieza sobre qué pasaría… cuando se volviesen a encontrar.

DAVID.— Después de la operación con el hacha.

STRINDBERG.— Sí.

DAVID.— Y entonces escribió una pieza sobre dos mujeres enamoradas de un hombre ausente…

STRINDBERG.— Así fue…

DAVID.— Aunque sabía muy bien…

STRINDBERG.— Sabía que todo estaba perdido. A pesar de ello escribí lo que yo hubiera querido que ocurriese.

DAVID.— ¿Lo que usted hubiese querido…?

STRINDBERG.— A veces uno tiene que escribir lo que desea que ocurra. Nunca se sabe. Tal vez hubiera podido ser un remedio.

DAVID *lo mira atentamente, no contesta*.

STRINDBERG (*casi como un niño, asombrado*).— De hecho me siento completamente vacío. Totalmente ingrávido. Como si solo fuese una cáscara impalpable. Vacío.

DAVID.— Señor Strindberg, siempre me había parecido muy cierto lo que usted escribía sobre el matrimonio. Y que usted era el hombre más sincero que había conocido. Y, sin embargo, mentía constantemente…, es casi imposible de creer…

STRINDBERG.— Señorita David, si se echan dos ratas en un hoyo, chillan. Y se vuelven caníbales. Así es. Yo ahora chillo. Sáqueme, entonces, del hoyo, señorita David.

DAVID.— Sí. Comprendo.

STRINDBERG.— No, no comprende. Yo también amaba el hoyo.

DAVID *no dice nada*.

STRINDBERG.— A Siri y a mí nos pasó lo que a la mayoría de la gente. Creímos ambos que el uno era propiedad del otro, y nos pasamos la vida entera haciéndonos mezquindades. Si hubiéramos sido más generosos, tal vez nos habría ido mejor…

DAVID (*asiente con la cabeza, duda, dice cuidadosamente*).— Quizá ya haya comprendido que Siri y yo… de ahora en adelante vamos a vivir juntas.

STRINDBERG (*largo silencio*).— Sí. Lo comprendo.

DAVID.— ¿Puedo confesarle una cosa?

STRINDBERG.— ¿Sí?

DAVID.— A mí usted no me desagrada del todo.

STRINDBERG.— Gracias. (*Calla un segundo*). Gracias, lo mismo le digo. (*Dice con gran sencillez y mucha amabilidad*). Supongo que usted comprende que yo, en el futuro, me veré obligado a combatirla.

DAVID.— Evidente.

STRINDBERG (*con la misma amabilidad*).— Que yo, con todos los medios a mi alcance, tendré que perseguirla como a un enemigo. Tendré que… perseguirla, calumniarla, combatirla. Estoy obligado a hacerlo, compréndalo.

DAVID.— Lo comprendo y lo acepto.

STRINDBERG (*como pidiéndole perdón*).— Así tiene que ser.

DAVID.— Lo sé. Es nuestro destino.

STRINDBERG (*busca aliento, está cansado, mira fijamente al frente, luego a ella y se pasa la mano por los ojos*).— Tenemos que terminar el ensayo.

DAVID.— Sí.

STRINDBERG.— No podemos quedarnos donde estamos. Tenemos que seguir. Todavía nos queda mucho que hacer.

DAVID.— Tenemos que seguir todo el largo camino, sí.

EL FOTÓGRAFO (*que ha entrado, sin que nadie se dé cuenta, por la puerta, aparece allí en medio con su instrumental debajo del brazo: trípode, cámara fotográfica, paño negro, una caja. Mira a su alrededor y dice sin pizca de asombro*).— ¿Es aquí donde me esperan?

SIRI (*que ha estado acurrucada sobre la cama del fondo, se levanta; está completamente tranquila. Se arregla el pelo, se estira el vestido, que se le ha quedado algo arrugado, se abrocha un botón de la cintura*).— Sí. Aquí es. Vaya preparando sus cosas.

STRINDBERG (*se levanta, se acerca a las candilejas, se dirige directamente al público, muy tranquilo*).— Todo terminó después del ensayo de aquella noche de marzo de 1889 en el teatro Dagmar de Copenhague. *La más fuerte,* con Siri von Essen en uno de los papeles, se estrenó el día 9 de marzo y fue un fracaso. Solo se representó una vez. Strindberg regresó a Suecia y su divorcio quedó confirmado. Siri von Essen y Marie David se fueron a vivir juntas, primero en Suecia, luego en Finlandia, donde Marie murió pocos años después de tuberculosis. Strindberg se tropezaría con Marie Caroline David una vez más. Fue por casualidad, en Lerkila el 24 de junio de 1891. No tuvieron siquiera tiempo de intercambiar una frase de saludo porque Strindberg, en un ataque de rabia, se lanzó inmediatamente sobre ella. El violento empujón la derribó y cayó escaleras abajo, aunque sin graves consecuencias. En el juicio, Strindberg fue condenado, por malos tratos, a pagar una multa de 135 coronas. Fue su último encuentro. Ya no la volvió a ver.

EL FOTÓGRAFO (*durante el monólogo ha montado su aparato en silencio y con profesionalidad*).— Ya estoy listo.

SIRI *se acerca a Strindberg, lo coge del brazo. Él la sigue como un perro bien adiestrado, al mismo paso que ella. Ella lleva a Strindberg de un*

brazo y a Marie del otro. Van a colocarse delante de la cámara, en el lugar señalado por el fotógrafo.

EL FOTÓGRAFO.— El señor debe estar en el centro.

Lo colocan en el sitio indicado. Strindberg se encuentra ahora en el centro. A su izquierda está Siri, apoyada dulce y afectuosamente en su hombro. Al otro lado, Marie. La cabeza inclinada, mirando al suelo, medio vuelta, como enfrascada en profundas reflexiones o como si no quisiese formar parte del grupo.

Strindberg, en el centro, muy erguido y absolutamente inmóvil. Mira fijamente hacia adelante.

De pronto, el resplandor del magnesio, tremendamente intenso; una nube de azul hielo que les da a sus rostros una absoluta palidez de muerte. En ese mismo instante se apagan las luces del escenario. La fotografía que se acaba de tomar se proyecta, inmensamente ampliada, sobre el fondo y la música suena a gran volumen.

LA NOCHE DE LAS TRÍBADAS



La noche de las tríbadas de Per Olov Enquist. Se trata de la pieza sueca más traducida —a más de 20 idiomas— y representada en el mundo durante el siglo pasado. Este gran escritor sueco nos presenta un retrato de Strindberg con todos sus complejos y debilidades. La representación de una obra teatral de Strindberg se convierte en una discusión a muerte entre el dramaturgo y la actriz Siri, todavía su esposa.
Publicamos conjuntamente estas dos obras porque ambas tienen como personaje central a August Strindberg. En la primera, a través de una serie de autorretratos interpretados en la obra por el oficial, el abogado y el poeta. En La noche de las tríbadas se presenta un retrato del gran dramaturgo sueco escrito por uno de los más prestigiosos autores nórdicos contemporáneos.

Olov Enquist Per. Hjoggböle, 1934. Novelista, dramaturgo y crítico literario sueco. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Upsala, está considerado como el escritor sueco contemporáneo más importante. Escritor analítico, intelectual y experimental, describe contextos muy complejos de una manera esencial y pura. Ha sido galardonado con el Premio de Literatura del Consejo Nórdico de 1969 y propuesto varias veces al premio Nobel. Entre sus obras destacan: *La visita del médico de cámara, La biblioteca del capitán Nemo* y *La partida de los músicos* (todas ellas se pueden

encontrar en ebooks).

NOTAS

[1] Karlsson på taket, personaje protagonista de una serie de libros para niños de Astrid Lindgren.

[2] *Tschandala*, novela corta de 1888 en la que un profesor, una especie de superhombre, tiene un enfrentamiento psicológico con un gitano, dibujado con insufribles clichés racistas.

[3] En la mitología germánica, Särimner es el cerdo que servía de alimento a los guerreros del Valhalla y que al día siguiente volvía a estar vivo y dispuesto de nuevo al sacrificio.

[4] La pobre Victoria es la escritora Victoria Benedictsson (1850-1888), cuyo suicidio, motivado por su amor no correspondido a Georg Brandes, inspiró el de *La señorita Julia*. Max Landegård era su compañero.

[5] *El salón rojo*, novela de 1879, que marca el nacimiento de la nueva narrativa sueca.

[6] Georg Brandes (1842-1927), influyente crítico e historiador de la literatura danés que tenía posiciones políticas progresistas.

[7] La réplica entre corchetes está suprimida en la edición en libro.

[8] David se refiere a la obra autobiográfica de Strindberg *El hijo de la criada* (1886).